
**Análisis de dos fuerzas en confrontación:
el amor y la religión en *Los Pazos de Ulloa* y
La Madre Naturaleza de Emilia Pardo
Bazán (1851-1921)**

Alumno: Alexei Martí Llovera

Tutor: Lara Vilà Tomàs

Grado en Lengua y Literatura españolas

Universitat de Girona

Curso 2022-2023

RESUMEN

Este trabajo tiene como objeto de estudio las novelas de Emilia Pardo Bazán *Los Pazos de Ulloa* (1886) y *La Madre Naturaleza* (1887). En él se analizan dos temas capitales y estrechamente vinculados, el amor y la religión, con el fin de averiguar cómo convergen narrativamente. En particular, se centra en describir al protagonista de la primera novela, el joven párroco Julián Álvarez, que encarna el amor más puro y sincero y representa un cristianismo casto y pulcro, plenamente convencido. Este personaje será determinante en el fatal desenlace de los jóvenes amantes Perucho y Manuela, los protagonistas de la segunda novela, quienes han cometido sin saberlo, un terrible pecado.

Palabras clave: Emilia Pardo Bazán; *Los Pazos de Ulloa*; *La Madre Naturaleza*; Amor; Religión; Naturalismo.

ABSTRACT

This work is devoted to the study of Emilia Pardo Bazán's novels *Los Pazos de Ulloa* (1886) and *La Madre Naturaleza* (1887). It focuses on two important and closely related subjects, Love and Religion, in order to find out how they are narratively connected. In particular, it considers the main character of the first novel, the young priest Julián Álvarez, as the embodiment of love in its purest and sincerest form and of a virtuous and immaculate Christianity feeling. Julián will be determinant for the fatal outcome of the young lovers in *La Madre Naturaleza*, Perucho and Manuela, who, without knowing it, have committed a terrible sin.

Keywords: Emilia Pardo Bazán; *Los Pazos de Ulloa*; *La Madre Naturaleza*; Love; Religion; Naturalism.

Índice

Introducción.....	3
1- La llegada de Julián a los Pazos.....	6
2- Un hombre de ciudad en los Pazos.....	11
3- La misión sacerdotal de don Julián.....	17
4- Retrato físicopsíquico de don Julián.....	22
5- Julián y el amor puro.....	26
6- Un amor nacido en brazos de la Naturaleza.....	29
7- La aparición de Gabriel y la formación de un triángulo amoroso.....	33
8- El incesto y el desenlace de <i>La Madre Naturaleza</i>	37
Conclusiones.....	42
Bibliografía.....	46

Introducción

Hablar de doña Emilia Pardo Bazán es hablar de una de las novelistas más célebres de la literatura española decimonónica. Coruñesa de nacimiento, compuso durante sus casi setenta años de vida una extensísima y heterogénea obra de enorme calidad literaria que la convirtieron, y así lo sigue siendo hoy, en una de las autoras más valoradas dentro del canon literario español.

Pardo Bazán es una de las autoras más estudiadas de la literatura nacional. Las obras que se analizan en este trabajo, *Los Pazos de Ulloa* y *La Madre Naturaleza*, se consideran, sobre todo la primera, sus novelas más importantes y sus mayores logros como escritora. Ambas han sido objeto de una infinidad de estudios por parte de numerosos críticos expertos en la materia. Este trabajo no solamente tiene como fin ensalzar la calidad literaria de estas novelas, algo que es obvio y que ya han hecho un sinfín de autores mucho antes, sino que pretende analizar algunos rasgos que vinculan ambas obras, tratar de desentrañar su significado y exponer el resultado de esta tarea.

Los Pazos de Ulloa, publicada en 1886, dibuja la imagen de una aristocracia decadente ubicada en la Galicia rural. Es una obra interesantísima que retrata a la perfección la vida en el campo y las luchas políticas del interior acontecidas durante el último tercio del siglo XIX. Y esto lo lleva a cabo a modo de documento histórico de un gran realismo gracias a la invención de un léxico propio por parte de la escritora coruñesa a medio camino entre el castellano y el gallego. *La Madre Naturaleza*, por su parte, se sitúa en el mismo espacio que su predecesora pero en un paisaje formado por una naturaleza exuberante que es el escenario de una idílica relación sentimental entre dos inocentes y jóvenes montañeses.

Es interesante ver que ambas novelas son un reflejo de la ideología de la autora respecto de algunos de los temas más candentes de la sociedad de aquel entonces. En sus páginas se invita al lector a reflexionar acerca de la sociedad, la política y la religión, y todo ello mediante la adopción de un estilo narrativo propio, singular y fácilmente identificable durante la lectura de las obras. El carácter profundamente religioso de la Pardo Bazán se hace patente en estas dos novelas en las que se busca el equilibrio entre su credo y la estética naturalista tal y como ella la concebía.

Como el corpus bibliográfico sobre estas dos novelas es muy amplio y cuasi inabarcable era necesario en primer lugar escoger un tema concreto que se tratara en ambas. *Los Pazos de Ulloa* es un libro que exige varias lecturas para poder escudriñar y analizar

atentamente sus diferentes capas y lo mismo ocurre con su continuación. Ni la primera es una simple historia sobre un joven párroco que viaja a los Pazos gallegos con el fin de reformar la moral de sus habitantes, aunque fracasa en su empresa, ni la segunda es la típica y tópica historia de un amor frustrado por causas ajenas a los amantes.

Otro riesgo que entraña escoger dos novelas que han sido objeto de innumerables estudios es caer en la redundancia y en la exposición de información que ya se ha desarrollado en otros trabajos. Por ello, será importante hacer una minuciosa selección de aquellas fuentes que se ajusten mejor al tema que se quiera trabajar.

El objetivo de este trabajo es analizar el tratamiento que se hace del amor en *Los Pazos de Ulloa* y en *La Madre Naturaleza* y cómo este sentimiento humano tan intenso y, a la vez, tan subjetivo, afecta a los principales personajes de ambas novelas, que son Julián, el joven párroco destinado a los Pazos para cuidar la hacienda del marqués de Ulloa, y Perucho y Manuela, dos jóvenes amantes criados en los brazos de la naturaleza y unidos, sin saberlo, por un vínculo de consanguinidad. Para llevar a cabo el estudio será necesario analizar estos personajes, diseccionándolos como si de un examen de laboratorio se tratase, con el fin de entender su psicología.

En la primera novela, el tema del amor no es, quizás, tan evidente como en la segunda. En *La Madre Naturaleza* la tensión narrativa está claramente enfocada en la relación erótica entre Perucho y Manolita, cuyo amor nace y se desarrolla en un idílico escenario natural, que desempeña un papel trascendental en la trama. Se explicará por qué es tan importante la naturaleza y qué dos funciones ejerce. Así mismo, será importante explicar la relevancia que tiene la llegada de Gabriel, un forastero que viaja a los Pazos para pedirle al marqués la mano de su hija Manuela, y cómo se forma un triángulo amoroso que vincula a los tres principales personajes. En *Los Pazos de Ulloa*, el tratamiento del tema amoroso es mucho más sutil y sirve como pretexto para las motivaciones del protagonista de la obra, Julián. El motivo que lleva a Julián a viajar a los Pazos gallegos es la misión sacerdotal que le ha sido encomendada, por lo que se podría decir que el joven capellán acepta el encargo movido por su amor y devoción por Dios (si bien lo que lo llevará a permanecer allí, fracasada su empresa sacerdotal es el afecto que siente por Marcelina y su hija).

Es evidente que hay un segundo tema muy importante, sobretudo en la primera novela pero también en su continuación, que es la religión. Por todos es sabido que el amor puede manifestarse hacia una entidad física pero también hacia una entidad metafísica, como por ejemplo Dios. Ambas novelas contemplan esta distinción, así como las distintas formas de

amor que existen. Julián encarna todas las virtudes que se le suponen a un buen cristiano (humildad, caridad, castidad, ...).

Durante su estancia en el seminario conciliar, se distingue de los demás estudiantes por su profunda devoción que lo acompañará toda su vida. En *La Madre Naturaleza*, la religión también tendrá un peso importante, de orden moral, que será importante en el desenlace del libro.

A nivel de estructura, este trabajo analizará los hechos que ocurren en ambas novelas respetando el orden en el que acontecen, vinculándolos con el tema del amor, que es el objeto de estudio. En la primera parte del trabajo, la más extensa, se tratará de describir minuciosamente la personalidad del párroco Julián, con el fin de comprender sus motivaciones, prestando especial atención al cambio que experimenta cuando entran en escena los personajes de Marcelina y de su hija Manolita. El objetivo de este primer apartado no es otro que demostrar el dilema que se plantea en el protagonista entre el amor y el deber religioso, y averiguar cuál termina imponiéndose. En la segunda parte, en cambio, se describirá la evolución que se da en la relación sentimental entre Perucho y Manuela, explicando por qué es fundamental la intromisión de Gabriel y cómo se precipitan los acontecimientos hasta el trágico desenlace, entendiendo la influencia que ejerce la religión en la toma de decisiones de los principales personajes al final de la historia.

Para la elaboración del trabajo ha sido preciso examinar la bibliografía referente a los aspectos estudiados. Se han consultado los estudios de Clémessy (1989), Gullón (1986-1987), Clarke (1997), Gooch (2000), Thion (2009) y González Hernando (2017) y se ha tenido muy presente la obra de Marina Mayoral, sobretodo su artículo “El tema del amor en las novelas de los Pazos”, que forma parte de sus *Estudios sobre “Los Pazos de Ulloa”* (1989: 37-50). También debe hacerse especial mención del ensayo de Ana María Gómez-Elegido, “La misión sacerdotal de don Julián en *Los Pazos de Ulloa*”, recogido en el libro *La figura del sacerdote en la literatura contemporánea*, de Guadalupe Arbona y Paloma Fanconi (2014: 258-285).

Finalmente, las ediciones de las novelas consultadas, así como sus respectivos estudios introductorios son las de M.^a de los Ángeles Ayala de *Los Pazos de Ulloa* para Cátedra (1997) y la de Ignacio López de *La Madre Naturaleza* para Cátedra (1999). Las citas que se aducen de ambas novelas en este trabajo pertenecen a estas ediciones.

1. La llegada de Julián a los Pazos

Don Julián es, claramente, el protagonista de *Los Pazos de Ulloa*. El narrador centra la atención en su personaje desde que da comienzo la narración hasta que termina el capítulo VII. Des de la perspectiva del capellán, quien está acostumbrado a la vida urbana, se lleva a cabo un juicio de todo aquello que el personaje va observando, de modo que la imagen de la Galicia rural que se forma el lector a medida que avanza la narración es, en cierto modo, subjetiva.

La llegada de don Julián a los Pazos es equiparable a la entrada en un mundo desconocido y, por ello, amenazante, del que se van revelando detalles a medida que el sacerdote se va adentrando en él. La imagen de los Pazos que evoca la autora des del prisma de Julián, como ya se verá, dista totalmente de la descripción idílica que se hace del entorno natural tal y como lo conciben Perucho y Manuela en *La Madre Naturaleza*.

La descripción que hace Pardo Bazán de la Naturaleza en ambas novelas es, sin lugar a dudas, su característica más relevante y que la acerca a los postulados naturalistas, rehuendo de la mera reproducción realista. En *Los Pazos de Ulloa*, la Naturaleza muta según los sucesos que van aconteciendo, de modo que puede mostrarse bella y acogedora en un principio, cuando el conflicto aun no ha estallado, y volverse hostil cuando este se encuentra en su punto álgido.

«La vereda, ensanchándose, se internaba por tierra montañosa, salpicada de manchones de roble y algún que otro castaño todavía cargado de fruta: a derecha e izquierda, matorrales de brezo crecían desparramados y oscuros. Experimentaba el jinete indefinible malestar, disculpable en quien, nacido y criado en un pueblo tranquilo y soñoliento, se halla por primera vez frente a frente con la cruda y majestuosa soledad de la Naturaleza, y recuerda historias de viajeros robados, de gentes asesinadas en sitios desiertos»¹.

Este pasaje perteneciente al capítulo I ejemplifica lo comentado anteriormente: a medida que Julián se aleja de la carretera que conecta Santiago con Orense y se dirige a los Pazos de Ulloa, se despliega ante sus ojos un paisaje salvaje e inquietante, inclusive violento, cuna de bandidos que acecharon aquellas tierras inhóspitas a lo largo del siglo XIX.

De este modo, desde el primer capítulo se advierte al lector del clima de violencia y brutalidad que estará presente durante toda la narración vista desde los ojos del sacerdote, a

¹ Ayala (1997: 96-97).

quien el hecho de adentrarse en este ecosistema desconocido para él le produce una gran incomodidad y estupor que se hacen evidentes en su reacción («-¡Qué país de lobos! -dijo para sí, tétricamente impresionado»)².

La primera imagen del personaje –de quien aun no conocemos el nombre– que se proporciona al lector es la de un joven viajero a caballo; un jinete no demasiado hábil. Pero también se revela un dato que no debe ser obviado concerniente al clima («Quitóse el sombrero y recibió en la frente sudorosa el aire frío de la tarde»)³ Esto podría indicar que la acción se ubica durante una estación fría del año, ya sea invierno u otoño. Añádese, entonces, una variable más en la ecuación –el frío de la tarde–, a la hostilidad manifiesta en el ambiente⁴.

Para el joven jinete, que ansía llegar a su destino, la naturaleza parece querer bloquearle el camino, impidiendo que prosiga su marcha. Cuando atraviesa el sendero, éste se encuentra sepultado por pinares que hacen estrecha la vía hasta el punto de ser casi impracticable. El lugar es sumamente angosto por la elevada concentración de tupidos matorrales que ocultan el camino. Es lógico pensar que no le interesa al jinete que anochezca encontrándose desorientado en aquel lugar.

Más adelante introduce Pardo Bazán otro elemento que será fundamental en la novela: la religión. «Divisó casi al alcance de su mano algo que le hizo estremecerse: una cruz de madera, pintada de negro con filetes blancos, medio caída ya sobre el murallón que la sustentaba»⁵. El protagonista sabe que aquello indica que allí fue asesinado un hombre de forma violenta y, por ello, se detiene para rezar un padrenuestro. Nuevamente, la autora aúna los temas sobre los cuales se articula la narración: la naturaleza, la brutalidad y la religión.

Es entonces cuando se escuchan dos disparos y el caballo sale huyendo aterrorizado casi provocando la caída del clérigo. No es mera casualidad que uno de los primeros sonidos que escuche el protagonista habiendo llegado a las inmediaciones del pazo sea el de dos disparos. Las armas de fuego se asocian con la guerra y con la violencia y, en ese caso, podrían servir de anticipo para introducir al personaje en el clima de violencia que hay en aquel lugar.

En un principio, el jinete asocia aquellos disparos con el bandolerismo de la Galicia rural pero, en realidad, proceden de un grupo de cazadores formados por tres hombres: el

² Ayala (1997: 97).

³ Ayala (1997: 94).

⁴ Habla más profundamente acerca de este tema Clarke en su estudio *Viaje y llegada de Julián a los Pazos y otros viajes y llegadas afines* (1997: 67-83).

⁵ Ayala (1997: 97).

abad de Ulloa, el marqués y Primitivo, quienes se encontraban de cacería, una actividad que también se podría relacionar con el tema de la violencia y la barbarie. Pardo Bazán describe a éste último de la siguiente manera:

«Por lo que hace al tercer cazador, sorprendióse el jinete al notar que era un sacerdote. ¿En qué se le conocía? No ciertamente en la tonsura, borrada por una selva de pelo gris y cerdoso, ni tampoco en la rasuración, pues los duros cañones de su azulada barba contarían un mes de antigüedad; menos aún en el alzacuello, que no traía, ni en la ropa, que era semejante a la de sus compañeros de caza, con el aditamiento de unas botas de montar, de charol de vaca muy descascaradas y cortadas por las arrugas. Y no obstante trascendía a clérigo»⁶

Primitivo es la personificación de la violencia inherente al mundo rural, un personaje embrutecido por el clima salvaje de los Pazos. Aun así, pese a su aspecto físico y a su forma de vestir, don Julián logra percatarse de su condición sacerdotal.

El viaje del capellán hacia las tierras del Señor de Ulloa supone el contacto entre dos mundos radicalmente opuestos: el mundo rural y salvaje y el mundo civilizado. Durante la travesía se recorren angostos caminos convirtiéndose en un viaje laberíntico, tal y como explica Gullón (1986-1987: 179), debido a la imprecisión de las direcciones que le proporcionan distintos individuos que van encontrándose durante el viaje. Y lo cierto es que no llega a encontrar ningún guía de confianza hasta la aparición de los tres cazadores. Y, pese a lo vivido, la situación no parece mejorar cuando por fin llega a su destino.

«Era noche cerrada, sin luna, cuando desembocaron en el soto, tras del cual se eleva la ancha mole de los Pazos de Ulloa. No consentía la oscuridad distinguir más que sus imponentes proporciones, escondiéndose las líneas y detalles en la negrura del ambiente. Ninguna luz brillaba en el vasto edificio»⁷.

La primera incursión de don Julián en las tierras del abad de Ulloa se da durante la noche y, es en medio de la oscuridad cuando ve por primera vez la casa del marqués, no pudiendo contemplar más que sus vastas proporciones. Y cuando entra en la casa persiste la oscuridad, anticipo de los tonos grises y sombríos que predominarán a lo largo de la novela, reflejo de los estados de ánimo de los principales personajes, que contrasta totalmente con la

⁶ Ayala (1997: 99).

⁷ Ayala (1997: 104).

exuberancia de colores que se emplean para las descripciones en *La Madre Naturaleza*, imagen de la vitalidad de sus dos principales personajes que son Perucho y Manuela.

El viaje de don Julián a los Pazos gallegos cumple, por lo tanto, con muchos de los estadios que se distinguen en otras novelas: un individuo que viaja a caballo, completamente solo, durante una jornada fría y rodeado de un ambiente hostil, formado por caminos inhóspitos y sombríos, mientras va cayendo la noche.

Si se compara la llegada del sacerdote que tiene lugar en *Los Pazos de Ulloa* con el viaje hacia el mismo lugar que lleva a cabo Gabriel Pardo en *La Madre Naturaleza*, se puede comprobar que el recorrido de ambos personajes es prácticamente idéntico. Sin embargo, la actitud de Julián Álvarez es muy distinta a la de Gabriel y eso repercute directamente en el aspecto de la naturaleza del paisaje que los rodea, tal y como lo demuestra la siguiente descripción:

«La naturaleza se asemeja a la música en esto de ajustarse a nuestros pensamientos y estados de ánimo. No le parecieron a Gabriel tristes y lúgubres ni los abruptos despeñaderos que se suspenden sobre el río Avieiro, ni los pinares negros cuya mancha limitaba el horizonte, ni los montes calvos o poblados de aliaga, ni los caminos hondos, que cubría espesa bóveda zarzal. Al contrario, miraba con interés pormenores del paisaje, y al llegar al crucero de piedra y al copudo castaño que le formaba natural pabellón, exclamó con entusiasmo:

—¡Qué hermoso sitio! Ni ideado por un pintor escenógrafo de talento.

—Cerquita de aquí —advirtió Juncal— mataron al excomulgado Primitivo, el mayordomo de los Pazos»⁸

En *Los Pazos de Ulloa*, la naturaleza es presentada como un *todo* hostil que parece interceder en la acción del personaje que sea adentra a ella, tratando de impedir que éste avance en su paso, mientras que en *La Madre Naturaleza*, el paisaje le parece a Gabriel Pardo pintoresco y de suma belleza porque su llegada a los Pazos está motivada por el sentimiento de encontrarse cerca de quien él espera que sea su esposa. Y esta ilusión se mantendrá intacta a pesar de haber sufrido un accidente la diligencia en la que viajaba al principio de la novela. La misma autora afirma en la primera frase del párrafo citado anteriormente que la Naturaleza es como la música, es decir que es algo completamente subjetivo y que depende de cómo está anímicamente quien la contempla. Así, posiblemente el retrato del paisaje que se hace en la primera novela es distinto al que se lleva a cabo en su continuación, no

⁸ López (1999: 199).

solamente porque se ubica en una estación diferente, sino porque está condicionado por el filtro de la subjetividad de cada personaje.

En cualquier caso, el capítulo I de *Los Pazos de Ulloa* sirve como primera toma de contacto del lector con el que será el protagonista de la narración, un joven devoto cuyas convicciones religiosas son muy férreas pero con poca experiencia en los asuntos realmente importantes de la vida. Así, esta novela se podría considerar un *bildungsroman* en el que el joven capellán debe pasar por un proceso de maduración a través de las fuertes sacudidas emocionales que experimentará durante su estancia en los Pazos.

2. Un hombre de ciudad en los Pazos

Anthony Gooch (2000: 99-114) establece un paralelismo entre los guantes que lleva puestos Julián durante el viaje hacia los Pazos, que terminan despellejados debido a la «tosca brida» y a los «zarandeos de la trotada»⁹ con los sucesos que le acontecerán durante su estancia en aquel lugar y que también implicarán una agitación que terminará consumiéndolo.

El ambiente rural, formado tanto por la exuberante vegetación como por los espacios interiores, parece cobrar un aspecto amenazador que alberga toda clase de peligros que sacudirán al párroco sentimentalmente. En *Los Pazos de Ulloa*, Pardo Bazán pone especial énfasis en la descripción de los espacios interiores, que se convierten en el reflejo de los estados de ánimo de los personajes que habitan aquel lugar. Predomina, por lo tanto, el estudio psicológico de los individuos del mundo rural gallego por encima del dibujo detallado del paisaje natural que sí se distingue en *La Madre Naturaleza*.

Los primeros personajes que don Julián conoce la noche en la que llega a los Pazos son Primitivo, Sabel o el marqués, quienes encarnan a la perfección el microcosmos de barbarie y degradación física y moral que se ha formado en aquel lugar. En aquel momento no lo sabe, pero el sacerdote se convertirá en su enésima víctima. Sin embargo, no es solo el salvajismo del ambiente lo que le hará sucumbir, sino también la defensa a ultranza de sus ideales religiosos y su débil temperamento.

En su llegada al pazo del marqués don Pedro Moscoso, Julián se encuentra con una situación a la que debe poner remedio que es el resultado de un largo proceso de degeneración. Esta penosa situación es expuesta al lector a través de los ojos del párroco. De entre las imágenes que ejemplifican lo anteriormente mentado destacaría la primera vez que el protagonista ve a Perucho, quien se comporta de una forma semejante a los perros de caza de Primitivo cuando estos son alimentados por su hija Sabel:

«El chiquillo gateaba por entre las patas de los perdigueros, que, convertidos en fieras por el primer impulso del hambre no saciada todavía, le miraban de reojo, regañando los dientes y exhalando ronquidos amenazadores: de pronto la criatura, incitada por el tasajo que sobrenadaba en la cubeta de la perra Chula, tendió la mano para cogerlo, y la perra, torciendo la cabeza, lanzó una feroz dentellada, que por fortuna sólo alcanzó la manga del chico, obligándole a refugiarse más que de prisa, asustado y lloriqueando, entre las sayas de la moza, ya ocupada en servir caldo a los racionales»¹⁰

⁹ Ayala (1997: 94).

¹⁰ Ayala (1997: 106-107).

Véase ejemplificado en este párrafo uno de los rasgos más característicos de *Los Pazos de Ulloa* que es la animalización de algunos personajes. Ésta animalización es la consecuencia de la presión que ejerce el medio ambiente sobre el comportamiento de los personajes como es el caso de Perucho, quien convive en estrecha hermandad con los perros de la casa, llegando a gatear entre ellos como si fuera uno más. Incluso, la primera vez en la que la autora se refiere al niño emplea el adjetivo *rapazuelo*, diminutivo de *rapaz*, que significa “muchacho de corta edad” pero también hace referencia a un animal de presa.

«Julián, que empezaba a descalzarse los guantes, se compadeció del chiquillo, y, bajándose, le tomó en brazos, pudiendo ver que a pesar del mugre, la roña, el miedo y el llanto, era el más hermoso angelote del mundo»¹¹.

Desde el punto de vista del capellán, Perucho actúa como un animal más, llegando a mezclarse entre los demás perros pero no por ello deja de verlo como un ser humano y se preocupa por él, siendo capaz de ver la belleza que hay en él más allá de las deplorables condiciones en las cuales se halla la criatura.

Otro momento que ejemplifica la animalización de los personajes es la escena que tiene lugar más adelante en la que Primitivo fuerza a Perucho a beber vino aun no queriendo el niño. Esta situación que tiene lugar ante la atenta mirada de don Julián es la consecuencia de la absoluta falta de escrúpulos y de sentimientos por parte de Primitivo, la cual también se hace patente en el personaje de don Pedro durante la celebración de la fiesta de Naya, tal y como apunta M.^a de los Ángeles Ayala (1999: 39).

Es importante el episodio en el cual asiste el capellán a la fiesta del patrón de la parroquia vecina de Naya, que es San Julián, cuya identidad sirve de excusa para la celebración de un abundante banquete que no desdeña su párroco don Eugenio. Es gracias a él que Julián descubre la relación carnal que mantienen don Pedro y Sabel, una relación que el párroco de Naya normaliza bajo el pretexto de que en aquel lugar las leyes naturales prevalecen por encima de cualquier norma moral.

Además de la animalización que aparece vinculada sobretodo en la presentación de los personajes que habitan las tierras del marqués, el paisaje, cuya apariencia es la de un entorno pacífico, es el escenario de situaciones de suma violencia pero también es la encarnación de la desidia de aquellos que allí viven, visto siempre desde el punto de vista del

¹¹ Ayala (1997: 107).

capellán. Véase la descripción que hace la autora del espacio narrativo en el capítulo III cuando el marqués de Ulloa le muestra a don Julián sus posesiones:

«Mudaron de rumbo, dirigiéndose al enorme caserón, donde penetraron por la puerta que daba al huerto, y habiendo recorrido el claustro formado con arcadas de sillería, cruzaron varios salones con destartado mobiliaje, sin vidrios en las vidrieras, cuyas descoloridas pinturas maltrataría la humedad, no siendo más clemente la polilla con el maderaje del piso. Pararon en una habitación relativamente chica, con ventana de reja, donde las negras vigas del techo semejaban remotísimas, y asombraban la vista grandes estanterías de castaño sin barnizar, que en vez de cristales tenían enrejado de alambre grueso. Decoraba tan tétrica pieza una mesa-escritorio, y sobre ella un tintero de cuerno, un viejísimo vade de suela, no sé cuántas plumas de ganso y una caja de obleas vacía. Las estanterías entreabiertas dejaban asomar legajos y protocolos en abundancia; por el suelo, en las dos sillas de vaqueta, encima de la mesa, en el alféizar mismo de la enrejada ventana, había más papeles, más legajos, amarillentos, vetustos, carcomidos, arrugados y rotos; tanta papelería exhalaba un olor a humedad, a rancio, que cosquilleaba en la garganta desagradablemente»¹².

La autora dibuja un paisaje degradado formado por espacios interiores sombríos y completamente descuidados que están repletos de muebles y otros objetos visiblemente deteriorados. Este recorrido que culmina en el archivo donde deberá trabajar don Julián sirve para elaborar el retrato de una nobleza claramente venida a menos haciendo hincapié en su situación de dejadez. El léxico, además, contribuye a crear esta sensación de decadencia y abandono físico que es, al fin y al cabo, el resultado de la decadencia y el abandono espiritual del dueño de los Pazos y también de sus gentes.

Solamente con los primeros capítulos, Pardo Bazán ha conseguido introducir completamente al lector en el ecosistema de la novela y que constituyen la Galicia profunda. La brutalidad y la decadencia física y moral son algunas de sus principales características y que hacen difícil de creer de que don Julián pueda poner orden en ese lugar e incluso se hace difícil pensar que el sacerdote sea capaz de sobrevivir en ese ambiente sin llegar a corromperse.

Más allá de las imágenes y de las descripciones repletas de simbolismo, *Los Pazos de Ulloa* habla del choque que supone para un hombre acostumbrado al mundo urbano representado por don Julián al acceder a un mundo rural como lo es el de los Pazos. Todo cambio requiere de un proceso de adaptación y pasa por la contemplación de este nuevo escenario y por el enfrentamiento con un *modus vivendi* radicalmente distinto.

¹² Ayala (1997: 121-122).

«Lo que abarcaba la vista le dejó encantado. El valle ascendía en suave pendiente, extendiendo ante los Pazos toda la lozanía de su ladera más feraz. Viñas, castaños, campos de maíz granados o ya segados, y tupidas robledas, se escalonaban, subían trepando hasta un montecillo, cuya falda gris parecía al sol, de un blanco plumizo. Al pie mismo de la torre, el huerto de los Pazos se asemejaba a verde alfombra con cenefas amarillentas, en cuyo centro se engastaba la luna de un gran espejo, que no era sino la superficie del estanque. El aire, oxigenado y regenerador, penetraba en los pulmones de Julián, que sintió disiparse inmediatamente parte del vago terror que le infundía la casa solariega y lo que de sus moradores había visto»¹³.

En el tercer capítulo, tras despertarse, el capellán describe el paisaje que observa desde la ventana de su dormitorio. Este paisaje, tal y como nos dice, está compuesto por diferentes cultivos que van desde viñedos hasta robledales. Contemplando esta pintoresca escena, el narrador dice que Julián se siente relajado respirando el oxígeno que aquel entorno rural le proporciona, encontrando en él un momento de calma tras la escena viva la noche anterior cuando los inquilinos de la casa emborrachan a Perucho.

Dolores Thion (2009: pp. 736-738) explica que en la literatura de Emilia Pardo Bazán se hace patente un arraigo de la autora con su entorno natal y, por ende, se halla una interpretación totalmente sesgada de la geografía. El paisaje natural que imagina es fruto de las emociones estéticas que le suscita su propia percepción, de modo que se entabla un diálogo interior y metafórico de la escritora con su entorno próximo. El determinismo ambiental que caracteriza tanto *Los Pazos de Ulloa* como *La Madre Naturaleza* es un rasgo típicamente naturalista y responde a un sentimiento de identidad gallega de la autora.

El otoño es la estación predilecta de Pardo Bazán, en la cual el campo gallego se erige como un paraíso creativo ideal. Es en esta concepción del *locus amoenus* en la que se ubica *Los Pazos de Ulloa*, donde los paisajes influyen en el carácter del personaje y lo determinan.

El personaje de Julián constituye, en cierto modo, el objeto de estudio de un experimento consistente en ubicar a un individuo culto y educado en un entorno salvaje donde la mayoría de los personajes son movidos por sus más básicos instintos. Es un sacerdote joven que ha abandonado el seminario recientemente y al que se le encomienda una misión: viajar a las tierras del marqués de Ulloa para cuidar de la hacienda y poner solución a diferentes problemas, alguno de ellos de corte moral, que allí han surgido. Su estancia en el pazo es comparable a un viaje experiencial y de maduración vital en el que lejos del entorno de protección que suponía tanto el seminario como sobretodo los cuidados de su madre, debe

¹³ Ayala (1997: 116-117).

hacer frente a distintos retos de diversa índole, tales como los ya mencionados (ordenar la vida del marqués sin ser arrastrado por su desidia y, como consecuencia directa de ello, constatar el poder que ha ido adquiriendo Primitivo ante la pasividad de don Pedro), pero además debe gestionar un floreciente instinto paternal fruto del nacimiento de la hija de Marcelina, por quien siente un gran afecto.

Los primeros datos físicos del personaje son aportados en las primeras páginas de la novela, cuando se describe al capellán como una “linfática”, es decir, una persona calmada, pero también como una persona muy joven, que por el hecho de ser imberbe tiene un aspecto similar al de un niño. Es el propio sacerdote quien ejerce como jinete, con no demasiada maestría tal y como apunta el texto, de la diligencia que lo tiene que llevar hasta las tierras del marqués. Fruto de su juventud, don Julián es una persona ingenua que aspira a poner orden a la vida disoluta de don Pedro Moscoso y que, sin embargo, acabará siendo víctima de maliciosos infundios en contra de su moral. Mediante la bondad del sacerdote se denuncia la violencia manifiesta que está enquistada en aquel lugar.

Don Julián es el responsable del archivo de los Pazos y a través de sus ojos se proporciona al lector una descripción del deterioro y del ocaso de aquella familia. Esto se muestra en los primeros compases de la novela, donde es el sacerdote el encargado de subrayar la situación de abandono en el que se hallan las tierras del marqués tanto de los espacios interiores como de los espacios exteriores.

El descuido de los espacios exteriores es el reflejo de la dejadez de sus propietarios («Obstruido por el limo, el estanque parecía charca fangosa [...] Por entre estos residuos de pasada grandeza andaba el último vástago de los Ulloas, con las manos en los bolsillos, silbando distraídamente como quien no sabe qué hacer con el tiempo»)¹⁴, mientras que los estancias del pazo son descritas como espacios fantasmagóricos, exageradamente amplios, donde se amontonan anárquicamente objetos de distinta índole como es el caso de la cocina, donde se entremezclan la comida, objetos de caza y animales (vivos y muertos).

Todo parece indicar que el trabajo que le ha sido encomendado al capellán será infructuoso, pues vislumbra en el archivo del pazo una evidente imagen de decadencia. De hecho, cuando don Manuel de la Lage lo manda a aquel lugar ya advierte al muchacho de que «la aldea, cuando se cría uno en ella y no sale de allí jamás, envilece, empobrece y embrutece»¹⁵. Los antiguos señores del pazo han ido perdiendo prestigio mientras uno de sus

¹⁴ Ayala (1997: 120).

¹⁵ Ayala (1997: 113).

antiguos criados, Primitivo, va consiguiendo más poder hasta convertirse en el verdadero amo. Así lo señalará don Julián en el capítulo V, quien se muestra sorprendido por el control autoritario que ejerce este individuo y por la forma cómo lo trata. La propia narración deja escapar la posibilidad de que el sacerdote se sienta intimidado por la creencia que sustenta Primitivo de que ningún hombre, incluido Julián, es incorruptible ni está libre de vicios.

El mundo de los Pazos gallegos que describe la Pardo Bazán está a las antípodas de la aldea que alaba el famoso tópico. El medio natural de *Los Pazos de Ulloa* no es para nada un lugar ameno y acogedor para aquellos que como Julián llegan a él, sino que se presenta como un lugar hosco que corrompe a todos los que allí habitan.

3. La misión sacerdotal de don Julián

En *Los Pazos de Ulloa*, Julián representa el idealismo y el puritanismo religiosos, características que le permiten destacar por encima del resto de personajes que aparecen en la novela ligados a la institución eclesiástica. El clero es representado como una clase social muy favorecida dentro de una sociedad rural en evidente declive y económicamente en crisis, situación que lleva al protagonista a tratar de conseguir un trato de favor por parte de los caciques dentro del panorama electoral.

«El jinete, tranquilizado y lleno de devoción, pronunció descubriéndose: ‘Adorémoste, Cristo, y bendecímoste, pues por tu Santísima Cruz redimiste al mundo’»¹⁶ Durante su viaje hacia las tierras del marqués, Julián se detiene enfrente de un crucero y pronuncia en voz baja una breve oración. El capellán, que está atravesando una situación de estrés generado por las pocas aptitudes que tiene como jinete, encuentra en la oración un momento de sosiego. Esa será la primera vez que se describa al personaje rezando, una solución a la que recurrirá en otras ocasiones como método de relajación en medio de una situación adversa.

La misión del joven sacerdote, encomendada por el tío del marqués, el señor de la Lage, se da a conocer tempranamente mediante una carta a la que don Pedro responde con sarcasmo («Dice aquí que me manda un santo para que me predique y me convierta...»¹⁷). Su persona no causa una buena primera impresión ni en Primitivo ni tampoco en el abad. Su fuerte devoción religiosa podría ser la razón por la que Julián nunca llega a integrarse en el círculo de religiosos de Ulloa, tal y como apunta Ayala Aracil (2013: 57-79).

La Pardo Bazán va desvelando rasgos de la personalidad del protagonista a medida que avanza la novela, así como se revela su actitud fuertemente crítica ante el comportamiento de los habitantes de los Pazos. Su vocación es firme y sincera, y está muy sensibilizado con la misión religiosa que le ha sido encomendada.

«Julián pertenecía a la falange de los pacatos, que tienen la virtud espantadiza, con repulgos de monja y pudores de doncella intacta. [...] Los demás seminaristas lo llamaban *San Julián*, añadiendo que sólo le faltaba la palomita en la mano»¹⁸.

¹⁶ Ayala (1997: 98).

¹⁷ Ayala (1997: 102).

¹⁸ Ayala (1997: 115).

En unas pocas frases, la autora define con evidentes trazas de ironía la vocación religiosa del personaje. Dice que el joven tiene un carácter *pacato*, propio de aquel mojigato que manifiesta excesivos escrúpulos. Es tal su vocación que el resto de miembros del seminario lo acaban apodando “San Julián” y dicen que parece que anda siempre preparado para impartir sermones con una paloma blanca en la mano, símbolo del amor y de la pureza.

No duda don Julián en aceptar la encomienda de devolver el orden moral en la vida disoluta del marqués don Pedro Moscoso pero, nada más llegar a sus tierras, se hace evidente que está muy lejos de compartir los mismos hábitos y los mismos modales debido a que se ha formado en un ambiente muy distinto. Al joven capellán no le gusta beber vino, así como le parecen de una desvergüenza intolerable las historias subidas de tono que le explica Sabel, quien intenta seducir al muchacho por orden de Primitivo, quien trata de hallar en él algún punto de “flaqueza moral”¹⁹.

«Miraba Julián, las huellas de la incuria de su antecesor, [...] tanta porquería y rusticidad le infundía grandes deseos de primor y limpieza, una aspiración a la pulcritud en la vida como la pureza en el alma»²⁰. A medida que avanza la narración se van descubriendo hábitos propios del personaje que lo definen como una persona no solamente muy devota, sino también limpia y ordenada. Esta pulcritud que se manifiesta a partir de acciones tan cotidianas como doblar la ropa y colocarla ordenadamente encima de una silla, trasciende al terreno espiritual. Sus rituales atañen a actividades físicas pero también a actividades de orden moral como las oraciones. Su forma de ser, influenciada muy directamente por su madre, le hace reaccionar negativamente ante el desorden y la suciedad que hay en el dormitorio que le han asignado y también ante el caótico archivo de la casa. Su gusto por la limpieza se proyecta también sobre Perucho. En el quinto capítulo, la autora describe detalladamente cómo Julián lava a la criatura.

Durante la celebración de las fiestas patronales de Naya, se da un claro contraste entre su figura y la del resto de religiosos, de quienes se queja Julián, declarando en contra de sus modales y de su malmeter. Ante todo, siempre defiende que la función del sacerdote debe ser ejemplarizante para el resto de hombres. Cuando don Eugenio, el abad de Naya, le revela a Julián que Perucho es un hijo bastardo, tras cuestionarse brevemente cuál es su deber, adquiere un nuevo propósito que es regenerar el matrimonio para conseguir la limpieza espiritual en aquel lugar.

¹⁹ Tal y como afirma Gómez-Elegido (2014: 262).

²⁰ Ayala (1997: 114-115).

«Con desinteresada satisfacción se decía a sí mismo que había logrado contribuir al establecimiento de una cosa gratísima a Dios, e indispensable a la concertada marcha de la sociedad: el matrimonio cristiano, lazo bendito»²¹.

De entre todos los sacramentos al servicio de la comunidad, la alianza matrimonial es uno de los más relevantes y de los que más celoso es la Iglesia Católica. Es por ello que Julián considera este asunto de vital importancia, tal y como manifiestan sus pensamientos. Sin embargo, la irrupción de Marcelina en el marco narrativo y la admiración que siente por ella el capellán lo llevan a contradecir sus propias convicciones y a considerar que debería la mujer de haber ingresado en un convento, tal y como se comentará más adelante.

Desafortunadamente, la situación empeora tras la boda y con el embarazo de Nucha, que llevará al marqués a desentenderse tanto de su esposa como de su bebé cuando descubre que este es una niña. Esto y las relaciones extramatrimoniales de don Pedro con Sabel llevarán al joven sacerdote a contemplar la opción de abandonar los Pazos; una opción que desestima puesto que su marcha supondría dejar a Marcelina y a su hija al amparo de un marido ausente, totalmente desinteresado en ellas.

Explica Gómez-Elegido (2014: 271-273) que se pueden identificar en Julián las tres virtudes teologales, que son la caridad, la fe y la esperanza, erigiéndose así como un icono de la humanidad clerical. Es él quien se encarga de educar a Perucho para sacarle del estado casi de salvajismo en el que se hallaba en la llegada del sacerdote a los Pazos y es él quien cuida de Marcelina cuando enferma y también de su hija, momento en el que también aparece otro rasgo de su personalidad que es la ternura. En cuanto a la esperanza, esta se hace patente en su clara intención de regenerar la moral de los habitantes de los Pazos y sobretodo la del marqués don Pedro, por quien apuesta como candidato electoral para que abandone aquel lugar. Sin embargo, Julián fracasa en ambos propósitos. Por último está la fe, que está muy presente en el protagonista desde el inicio hasta el desenlace de la novela, y que se vincula al sufrimiento y a la resignación típicamente cristianas.

Para el capellán es de suma importancia el correcto cumplimiento de sus deberes eclesiales y una prueba de ello se encuentra en el tercer capítulo, cuando se muestra inquieto por decir misa, pero la llave de la capilla está en manos del marqués, quien todavía no se ha levantado («contuvo un suspiro. ¡Dos días ya sin mirar!»)²². Y reflexiona en varias ocasiones

²¹ Ayala (1997: 239).

²² Ayala (1997: 118).

acerca de su labor como sacerdote, prueba de que se preocupa porque su trabajo sea ejemplar en un contexto en el que existía una corriente de carácter fuertemente anticlerical.

Ante el inminente alumbramiento de su querida Marcelina, se acentúa su devoción hacia Dios que, tal y como explica el narrador, *no renace*, pues en ningún momento había perdido ese fervor, sino que *revive*. El joven sacerdote llega a pasarse toda la noche desvelado y de rodillas rezando a la espera de nuevas noticias.

Otra prueba de su fuerte devoción es la lectura de “libros piadosos”²³, tales como la *Guía de Pecadores*²⁴ y autores como Fray Luis de Granada y San Juan Crisóstomo²⁵, entre otros, y también se dice que comparte algunos libros con Nucha mientras esta se recupera. Opuestamente, se muestra contrario a determinadas obras cuya filosofía dista de aquello considerado correcto por el catolicismo y que encuentra en la biblioteca del marqués.

El vínculo que se establece entre don Julián y Marcelina se debe a los múltiples rasgos de carácter que tienen en común. Ambos se caracterizan por ser personas muy religiosas, preocupadas por la pureza y por la pulcritud. Coinciden en gestos como por ejemplo su voluntad de educar y humanizar a Perucho, que termina cuando ella es conocedora de que el niño es fruto de la infidelidad de su marido. Sobre esto se hablará más extensamente en el capítulo sexto del trabajo.

Como ya se ha mencionado anteriormente, la personalidad de Julián lo hace diferente del resto de habitantes de los Pazos. Sus modales, fruto de su educación en Santiago, son muy distintos de los de aquellas gentes. Los sentimientos que experimenta el protagonista cuando todavía no ha llegado a las tierras del marqués no harán más que acrecentarse durante el transcurso de la novela. Hacia el desenlace de la obra, vuelve a manifestar su miedo a aquel lugar, que considera tétrico, y del que quiere escapar. En Santiago, dos años después de su partida, expresa una vez más su opinión acerca de los Pazos.

Cuando Julián regresa a la parroquia de Ulloa han pasado diez años y el narrador muestra cómo el paso del tiempo ha cambiado al personaje; un cambio que ha experimentado como hombre pero también como sacerdote, convirtiéndose en una persona más serena y madura. Sin embargo, al encontrarse de nuevo en aquel lugar le vuelve a la memoria el recuerdo de Nucha, fluyendo su lado más sentimental y reconocible por el lector. La última imagen que se revela desde el punto de vista del capellán es el de dos jóvenes, Perucho y

²³ Ayala (1997: 118).

²⁴ Ayala (1997: 142).

²⁵ Ayala (1997: 144).

Manuela, de quienes tuvo cuidado una década antes. Es en un diálogo con Gabriel Pardo, en *La Madre Naturaleza*, cuando Julián dice lo siguiente:

«Como luego me fui de aquí y tardé bastante tiempo en volver [...], pude meditar y considerar las cosas de otro modo, con más calma; y entonces evité ver mucho a la niña, por no poner el corazón en cosas del mundo y en las criaturas, que de ahí vienen amarguras sin cuento y tribulaciones muy grandes del espíritu. [...]; pero el sacerdote, y en especial el párroco, ha de ser padre de todas sus ovejas, pues tal es su oficio, y no amar mucho en particular a nadie, para poder amar a todos, y amarlos no en sí, sino en Cristo, que es el modo derecho»²⁶.

²⁶ López (1999: 393)

4. Retrato psicofísico de don Julián

La difícil (por no decir imposible) encomienda de don Julián choca directamente con algunos rasgos de su carácter que complican aun más el cumplimiento de su misión. La mayoría de expertos en la literatura pardobaziana coinciden en destacar del sacerdote su debilidad, manifiesta de distintas formas durante la novela. ¿Cómo puede un individuo que carece de valentía enfrentarse a una personalidad autoritaria y agresiva como la de Primitivo?

En varias ocasiones la autora dibuja a don Julián como una persona apocada. Al principio de la novela, por ejemplo, la poca maestría que demuestra como jinete podría ser un reflejo de esta carencia de firmeza como individuo. En el capítulo XXVII, el propio personaje reniega de su sosera y, en lo referente a Nucha, se reprocha a sí mismo su poca edad y falta de experiencia y de sabiduría, pero también su falta de virtud.

Cabe pensar que, en parte por su juventud, el capellán tiene pocos conocimientos de la vida que sean realmente valiosos y que la mayor parte de su saber es fruto de los libros de corte religioso que ha estudiado en el seminario. Máximo Juncal llegará a exclamar en un momento de la historia «¡Qué trazas de mujercita tiene ese cura! ¡Qué poquito *estuche!*»²⁷ refiriéndose a lo apocado que es tanto en el terreno físico como en lo que al espíritu atañe; un individuo débil y pusilánime.

El propio Julián se achaca en multitud de ocasiones su apocamiento y tiende a retraerse. No demuestra un gran valor en ningún momento, por lo que no se le puede identificar como un héroe. Pardo Bazán no tarda ni dos páginas en definir al personaje como una persona miedosa («leíase en su rostro tanto miedo al cuartago como si fuese algún corcel indómito»)²⁸. En el capítulo XII, incluso, dicese que don Pedro se divierte con la cobardía del capellán.

El protagonista de *Los Pazos de Ulloa* es un individuo temeroso y asustadizo en todos los aspectos. Le infunde terror la casa del marqués cuando la ve por primera vez al llegar al pazo, pero también dice la autora que tiene la virtud “espantadiza” y que es un temeroso de Dios. Se relaciona su personalidad espantadiza con dos animales: el ciervo («miedo cerval»), animal de aspecto dócil y miedoso, y con la paloma, un tipo de ave que también se asusta con facilidad.

Estrechamente ligada a su carácter apocado está su pasividad. «Seguro de la teoría, firme en el terreno del derecho, capaz de resistir pasivamente hasta morir, faltábale la

²⁷ Ayala (1997: 275).

²⁸ Ayala (1997: 94).

vigorosa palanca de los actos humanos, la iniciativa»²⁹. Se define a Julián como una persona que es capaz de llegar hasta el extremo de “morir” por una causa pero que es poco probable que vaya a tomar parte en esa lucha. Es, por lo tanto, un individuo pasivo, que se inclina por la inacción.

Tan solo reacciona enérgicamente en dos ocasiones. La primera es motivada contra la impudicia de Sabel, quien se caracteriza por una sexualidad fuerte y se encama secretamente con don Pedro, representando la degradación del amor. El motivo de la segunda se halla en las antípodas de la anterior y es el sufrimiento de Nucha y de su hija. Sobre esto, la misma autora dice que «el valor propio de Julián era valor temblón, por decirlo así; el breve arranque nervioso de las mujeres» y que tiene la «diestra trémula»³⁰.

«A Julián le ayudaba en su triunfo, [...], la endeblez de su temperamento linfático-nervioso, puramente femenino, sin ardores ni rebeldías, propenso a la ternura, dulce y benigno como las malvas, pero no exento, en ocasiones, de esas energías súbitas que también se observan en la mujer»³¹.

Otro rasgo distinguible en el protagonista de *Los Pazos de Ulloa* es un cierto atisbo de feminidad en su carácter. En el tercer capítulo se dice que el capellán tiene un temperamento linfático-nervioso “puramente femenino”. Explica Ayala³² que, tal y como señala Pardo Bazán, en las novelas costumbristas es siempre la mujer quien padece trastornos nerviosos, expresión de su inestabilidad emocional. En numerosas ocasiones se hace referencia a su feminidad como la comentada anteriormente de Máximo Juncal («¡Qué trazas de mujercita tiene ese cura! ¡Qué poquito *estuche!*!»). El mismo sacerdote afirma que su manera de ser es más propia de las mujeres («soy muy apocado y muy... así... como las mujeres»)³³. La presencia de Sabel perturba a Julián, posiblemente, porque su sexualidad es fuerte y desinhibida, más propia de los hombres, mientras que la sexualidad del capellán es delicada y femenina.

En un ambiente bárbaro como ese acaba siendo un problema también el carácter excesivamente bondadoso de Julián. Sería cierto —e irónico— afirmar en ese sentido que el sacerdote peca de ser demasiado santo. Un carácter débil y de escasa malicia como el suyo que tiende a la santurronería lo condena a convertirse en una presa fácil para los carroñeros

²⁹ Ayala (1997: 354).

³⁰ Ayala (1997: 295-296).

³¹ Ayala (1997: 115).

³² *Ídem*

³³ Ayala (1997: 289).

que habitan las tierras del marqués. El marqués le dice en el capítulo VII «a usted no le obedecerá ni le hará caso jamás ningún paisano, porque es usted un infeliz; es usted demasiado bonachón»³⁴.

Don Pedro tilda a Julián no solamente de “bonachón”, sino también de “infeliz”, que, según su segunda acepción en la Real Academia Española de la Lengua, englobaría dos de los aspectos tratados: la bondad y el apocamiento. Aquel que es demasiado *bonachón*, o demasiado *buenazo*, tenderá a ser un individuo desgraciado de quien los demás se aprovecharán y pisotearán a placer. El adjetivo *bonachón* tiene un significado claramente negativo que se puede comparar con lo que comúnmente se llama “ser tonto”.

La buena fe del capellán es un obstáculo que lo incapacita en la misión para la que ha sido enviado a los Pazos. Lo llama “bobo” don Eugenio en el sexto capítulo cuando le reprocha que parece ignorar lo que acontece en aquel lugar. Desde su punto de vista, pareciera que Julián vive con una venda en los ojos y que su candidez lo convierte en una persona ingenua y pobre de espíritu.

A Julián le gusta también la pulcritud y la limpieza, por lo que debe poner remedio al estado de desorden en el que se hallan las tierras del marqués. Esta inclinación por la limpieza y la pureza es un rasgo que lo asemeja a aquello que se presupone en una monja, y que remarca Pardo Bazán en el tercer capítulo cuando dice que el capellán tiene «repulgos de monja». Su forma de ser, dulce y delicada, termina resultando empalagosa. Esta forma de ser de Julián choca nuevamente con las formas de los lugareños del pazo como es el caso del abad, a quien le irrita su excesiva finura manifiesta en acciones como lavarse con un jabón aromático o cortarse las uñas hasta el punto de llamarlo *mariquita* (««Afeminaciones, afeminaciones» gruñía entre los dientes»)³⁵.

No es erróneo calificar a Julián de *mojigato*. Éste adjetivo se utiliza de forma despectiva para denominar aquellas personas cuyos escrúpulos morales o religiosos son excesivos. Ese es el caso del sacerdote: una criatura dócil, aparentemente humilde y muy meticulosa en su empresa por la pureza física, que no deja de representar la pureza del alma. La mojigatería es la modestia mal entendida —que no la falsa modestia—, de una persona que actúa con gran recato y con una prudencia casi enfermizas como es el caso de Julián, a quien hay que sumarle su extremada timidez.

³⁴ Ayala (1997: 170).

³⁵ Ayala (1997: 145).

Explica Pardo Bazán que influenció fuertemente en el carácter del seminarista la educación impartida por su madre, una mujer fuertemente beata de quien heredó entre otras cosas sus hábitos de pulcritud. La etapa en el seminario no hizo más que consolidar una forma de ser inculcada por vía materna que ensalzará en varias ocasiones a lo largo de la narración. Quizás es por el parecido, sobretodo moral, que tiene con su madre que considerará a Nucha como una mujer casi perfecta.

«A medida que se acercaba la hora crítica para Nucha, el capellán permanecía más tiempo de rodillas dando gracias al terminar la misa; prolongaba más las letanías y el rosario; ponía más alma y fervor en el cotidiano rezo. Y no entran en la cuenta dos novenas devotísimas, una a la Virgen de Agosto, otra a la Virgen de Septiembre. Figurábasele este culto mariano muy adecuado a las circunstancias, por la convicción cada vez más firme de que Nucha era viva imagen de Nuestra Señora, en cuanto una mujer concebida en pecado puede serlo»³⁶.

Aun habiendo consumado el matrimonio, Julián sigue reconociendo en Marcelina un incuestionable valor virginal. Eso se debe, seguramente, porque sabe que su unión con don Pedro no es más que un matrimonio de conveniencia, por lo que no le ha entregado realmente su amor, que es algo que trasciende el terreno de lo meramente físico y sexual. Su virginidad, claro está, no debe confundirse con la del capellán, quien preserva su castidad en el sentido de que no ha tenido ninguna experiencia sexual. Al enamorarse de Nucha, sin embargo, quedaría Julián ubicado en el extremo contrario que el de ella, perdiendo la virginidad moral que ella conserva, pero manteniendo la virginidad en el sentido literal de la palabra, algo que ella sí que ha perdido.

El padecimiento que experimenta por Nucha y su hija y por lo que acabará traumatizado provoca que el sacerdote envejezca enormemente adquiriendo por ello un aspecto más varonil aunque también se ve consumido, con una figura que se asemeja a la de una entidad fantasmal, cercana a la muerte. Éste es el retrato que hace del párroco Pardo Bazán en *La Madre Naturaleza* y cuyo aspecto es comparable al que presentaba Nucha en la novela anterior.

³⁶ Ayala (1997: 256).

5. Julián y el amor puro

El tratamiento del tema amoroso en una novela desde la perspectiva de un sacerdote no es algo en lo que innove Emilia Pardo Bazán, tal y como afirma Clémessy³⁷. De todas las relaciones sentimentales que se establecen entre los diferentes personajes, tal y como se ha explicado en el capítulo anterior, en Julián el amor se manifiesta como un deseo platónico, sumamente espiritual, que jamás alcanzará a materializarse.

En *Los Pazos de Ulloa* se dibuja una situación en la que las mujeres están sometidas a la voluntad de los hombres. Primitivo utiliza a su hija Sabel para tener un mayor control sobre el marqués, que no ve en ella nada más que alguien mediante la cual puede satisfacer sus deseos sexuales. Don Pedro, por su parte, entiende el matrimonio como un pretexto para la procreación, por lo que se casa con Nucha con el fin de engendrar un heredero legítimo y, aunque está enamorado de Rita, elige a Marcelina porque es casta, un requisito indispensable desde su punto de vista.

Cabe recordar que en la época en la que está ambientada la novela, cualquier mujer en la edad adecuada para considerarse candidata al matrimonio debía comportarse de acuerdo con los preceptos que se presuponían en cualquier mujer. Nucha jamás reniega de obedecer esos cánones, posiblemente por la rígida educación recibida por parte de su padre. De ahí la razón por la que el protagonista considere que su pureza es tal que debiera de “contraer matrimonio con Dios”, haciéndose monja.

Desde el punto de vista del capellán de Ulloa, Nucha constituye el ideal de mujer pura y cristiana por influjo directo del recuerdo que guarda de su madre, quien fue una ferviente y recta católica. Sin embargo, esa idealización va acrecentándose a lo largo de la novela hasta el extremo de rozar la obsesión y, lo que en un principio se puede definir como un respeto de corte religioso, termina siendo un estado de idolatría que desgasta al propio personaje.

A lo largo de la narración se debate Julián entre la potencia de un amor idealizado y la realidad, un duelo que se decanta del lado de la imagen sesgada y distorsionada de la joven que ha dibujado el protagonista a través de su percepción. Claro ejemplo de ello es su empeñamiento en referirse al cuerpo de Nucha como un cuerpo virginal cuando esta tiene que dar a luz. La correlación entre su persona y una criatura pura e inmaculada persistirá hasta el desenlace de la novela: «allí descansaba Nucha, la señorita Marcelina, la víctima, la virgencita siempre cándida y celeste»³⁸.

³⁷ En *Estudios sobre «Los Pazos de Ulloa»* de Mayoral (1989: 51-59).

³⁸ Ayala (1997: 403).

Se podría decir que el amor de Julián va transformándose a medida que avanza la narración pasando de ser un amor más espiritual en el que se ensalza las virtudes que vinculan a Nucha con la Virgen a humanizarse y convertirse en un amor terrenal y más mundano. Marcelina es descrita desde la absoluta subjetividad del capellán, que evoca en varias ocasiones imágenes religiosas para establecer paralelismos entre estas y su amada. La constante idealización religiosa de su figura podría fácilmente interpretarse como un intento, intencionado o inconsciente, por parte de Julián de justificar sus sentimientos, moralmente incompatibles con su cargo.

«En materia de desnudeces infantiles, Julián no era voto, pues sólo conocía las de los angelotes de los retablos; pero cavilaba para sus adentros que, a pesar de haber corrompido el pecado original toda carne, aquélla que le estaban enseñando era la cosa más santa del mundo: un lirio, una azucena de candor»³⁹.

Otro fenómeno destacable relacionado con el tema amoroso es la traslación del amor que Julián siente por Marcelina hacia su hija recién nacida. El sacerdote le coge un gran cariño al bebé que se hace patente desde la primera vez que ve el cuerpo de la niña. Se manifiesta una vez más el estrecho vínculo entre el sentimiento amoroso y su carácter fuertemente religioso cuando se refiere a sus carnes *corrompidas por el pecado original* y que aun así era la *cosa más santa* que había visto. La progresiva humanización de su amor se verá motivada por el cariño hacia la niña y, sobretodo, por su activa participación en su crianza, logrando despertar en él un incipiente instinto paternal.

El carácter afeminado del protagonista, explicado más extensamente en el capítulo anterior, pero también su dulzura y delicadeza, son fundamentales durante el cuidado del bebé. En varias ocasiones, la autora califica el estado del capellán de *ceguera*, no en vano cuando Julián está decidido a marcharse de los Pazos es determinante la influencia de la niña a la hora de alterar sus planes. Llegado a ese punto, el sacerdote lleva a cavilar la posibilidad de hacerse cargo de ella si don Pedro se marchara con su esposa a Madrid para ejercer como diputado.

La devoción que siente hacia la hija de Marcelina termina planteándole un dilema a Julián, quien es consciente de que está faltando a su deber sacerdotal que le impone amar a todos por igual y no a alguien en particular. La novela hace hincapié en esa contradicción que se da en lo más íntimo de su personaje principal, quien se recrimina en varias ocasiones su

³⁹ Ayala (1997: 284).

actitud, cegada por esas turbaciones de índole carnal que lo llevarán hasta a dudar de la bondad de Dios, por permitir el sufrimiento de Nucha.

Julián es, tal y como se puede apreciar, un personaje lleno de matices; es el único que vive en una angustia casi permanente y absurdamente torturado por los dilemas morales que se plantea. Son sus defectos los que lo hacen más humano, así como la culpabilidad que lo reconcome. No hay que obviar que al final el capellán olvida la misión por la cual fue enviado a los Pazos al inclinarse por desempeñar una nueva e inesperada función de “protector” de Nucha. Esto es debido a su total desconfianza de todos los habitantes de los Pazos, comenzando por el propio marqués y esposo de Marcelina.

El amor que siente Julián hacia Marcelina, aunque el propio personaje llegue al punto de engañarse a sí mismo acerca de la espiritualidad de sus sentimientos, es en realidad la forma de amor más humana que se relata en la novela, caracterizada por un hombre que se desvive por el bienestar y por la felicidad de su amada, y que se revela impotente de no haber podido evitar su sufrimiento. Y ese amor tan puro no termina con la muerte de Nucha, pues en *La Madre Naturaleza*, Julián se ha convertido en una criatura entregada al dolor y al padecimiento propios de aquel que ha perdido a un ser querido. Es el propio personaje quien escoge vivir apenado con el único “alivio” de que la muerte ha librado a su amada del sufrimiento que es inherente a la vida terrenal. Al final, don Julián es un individuo derrotado que ha pasado de enarbolar la bandera de la pureza y de la perfección moral a sucumbir a las fuerzas físicas y materiales.

Otra cuestión que puede plantearse el lector es por qué aprueba el párroco la decisión de Manuela de ingresar en un convento cuando se percata de ser esta una víctima de su amor incestuoso. La respuesta es sencilla y es que, en cierto modo, el destino de la hija de Marcelina es el que hubiera el personaje deseado para su madre. No alivia, sin embargo, la decisión que toma Manuela el dolor que persigue al protagonista de *Los Pazos de Ulloa* que parece estar motivado entonces por el deseo de reparar el trágico pasado.

6. Un amor nacido en brazos de la naturaleza

En 1887, tan solo un año después de la publicación de *Los Pazos de Ulloa*, aparece su segunda parte, *La Madre Naturaleza*, que se ubica en el mismo espacio que la primera novela pero en un tiempo narrativo posterior.

«Las nubes, amontonadas y de un gris amoratado, como de tinta desleída, fueron juntándose, juntándose, [...] deliberando si se desharían o no se desharían en chubasco. Resueltas finalmente a lo primero, empezaron por soltar goterones anchos, gruesos, legítima lluvia de estío, que doblaba las puntas de las yerbas y resonaba estrepitosamente en los zarzales; luego se apresuraron a porfía, multiplicaron sus esfuerzos, se derritieron en rápidos y oblicuos hilos de agua, empapando la tierra, inundando los matorrales, sumergiendo la vegetación menuda, colándose como podían al través de la copa de los árboles para escurrir después tronco abajo, a manera de raudales de lágrimas por un semblante rugoso y moreno»⁴⁰.

En esta novela se dejan de lado las descripciones de interiores y los estudios psicológicos de los personajes que caracterizaban a su antecesora para centrarse en la descripción del paisaje, que se vislumbra exuberante y pintoresco y del que se identifica cada planta y cada árbol por su nombre. La Naturaleza cobra importancia y se presenta como un *todo* omnipotente que influye completamente en el comportamiento de los personajes y en el devenir de los acontecimientos. Es en este *locus amoenus* donde florece la inocente relación sentimental entre los dos protagonistas

Comienza la novela con la descripción de una tormenta veraniega, que no deja de ser una demostración de poder de la naturaleza, que se repetirá al final, representación de la idea de lo cíclico de la vida, una idea que defiende en varias ocasiones Pardo Bazán. La primera descripción nos permite ubicar temporalmente la novela, que se situará en verano, a diferencia de *Los Pazos de Ulloa*, cuyos sucesos tenían lugar durante la estación otoñal.

La Naturaleza desempeña dos roles distintos: el primero es el que acuña la popular expresión “madre naturaleza”, caracterizado por un paisaje que da cobijo y cuidado a los personajes que habitan en ella como es el caso de dos de sus protagonistas, Perucho y Manuela, quienes se han criado en ella y han sido, en cierto modo, cincelados por la misma. El segundo rol, que se revelará en el desenlace de la novela, es el de “madrstra naturaleza” o de “naturaleza impasible”, que ejerce una función pasiva, de mera espectadora que observa

⁴⁰ López (1999: 83).

como aquellos a quienes ha visto crecer recorren sin saberlo un camino que los conducirá hacia un destino fatal.

No obstante, es en ese entorno aparentemente idílico y de suma belleza donde tiene lugar la relación adúltera entre don Pedro y Sabel que dará lugar al engendramiento de Perucho y donde se comete también un asesinato y donde incluso tiene lugar una relación incestuosa. De este modo, la naturaleza del mundo rural constituye un escenario que propicia el pecado y el vicio.

En oposición al mundo de los Pazos, donde las almas se corrompen hasta el punto de que los individuos terminan asemejándose a los animales, tal y como se demostraba mediante las descripciones y los rasgos físicos que proporcionaba la autora, la ciudad se presenta como una vía de escape que toman aquellos quienes huyen del mundo rural con el fin de enmendar sus errores. Esa es la vía que toman don Pedro en *Los Pazos de Ulloa* cuando viaja a Santiago o Perucho cuando se aleja de la amenaza del pecado en *La Madre Naturaleza*. La huida a la civilización es, en cierto modo, una penitencia a la que deben someterse los personajes que buscan la salvación de su alma. Sin embargo, el regreso al campo, como es el caso del marqués, implica irremediamente volver a quedarse atrapados en la espiral de depravación y pecado del que escapaban en un principio.

Apunta López (1981: 79-108) que Pardo Bazán parece tener una clara intención de desmitificar la imagen de naturaleza idílica que había difundido el romanticismo, habitada por seres bondadosos y refugio de la virtud. Para la escritora gallega el mundo rural no es sino cuna de los vicios que conducen a la degeneración del individuo, una idea estrechamente ligada al doble rol que desempeña la naturaleza. Esa idea de degradación del individuo se ve claramente plasmada en el joven Perucho, de quien se dice en un comienzo que es una «linda obra de la naturaleza»⁴¹ y, sin embargo, termina envuelto en una relación incestuosa con su hermanastra.

En esta ocasión, la acción se centra principalmente en la relación sentimental entre dos de sus personajes principales, Perucho y Manuela, cuyo amor nace de la descomposición de lo que en su día fue una noble familia gallega, del mismo modo como Dios creó al hombre mediante el polvo de la tierra e hizo la mujer a partir de un hueso de Adán.

Al final de la novela anterior, cuando Julián visita la tumba de Marcelina, escucha un sonido que pertenece a las voces alegres de ambos personajes. «Oyó risas, cuchicheos, jarana alegre, impropia del lugar y la ocasión. Se volvió y se incorporó confuso. Tenía delante una

⁴¹ Ayala (1997: 243).

pareja hechicera, iluminada por el sol que ya ascendía aproximándose a la mitad del cielo»⁴². La primera referencia a la pareja formada por los dos niños está cargada de simbolismo, no solamente por el uso de la palabra “hechicera”, sino también porque los dos muchachos están iluminados por el sol, como si el cuerpo celeste los acompañara en su andadura, vigilándolos y protegiéndolos. Además, en esta escena el sol está en fase de ascenso, por lo que se ubica en el amanecer, así como está amaneciendo el amor entre los dos personajes.

La narración de *Los Pazos de Ulloa* termina con Perucho y Manuela, mientras que en su continuación da comienzo también con estos dos personajes ahora mayores, hecho que permite establecer un mayor vínculo entre ambas obras. A partir de ese momento, la autora se referirá a ellos como la *pareja*, el sustantivo más apropiado para dos jóvenes que parecen inseparables. No hay un solo protagonista, masculino o femenino, sino que ambos forman uno solo que se comporta como el héroe de la historia.

Pardo Bazán se inspira, en cierto modo, en la novela pastoril renacentista, si bien introduce elementos distintos. En medio de un mundo en ruinas que es el de los Pazos, emerge el amor entre dos jóvenes como fuerza omnipotente. Sin embargo, la imagen de ese amor fraguado en un entorno silvestre es claramente utópica.

«Bajo un árbol se refugió la pareja. Era el árbol protector magnífico castaño, de majestuosa y vasta copa, [...] árbol patriarcal, de esos que ven con indiferencia desdeñosa sucederse generaciones [...] y les dan cuna y sepulcro en los senos de su rajada corteza»⁴³.

Tal y como se ha dicho anteriormente, la novela se centra en Perucho y Manuela desde el primer capítulo. Cuando estalla la tormenta, la misma naturaleza proporciona cobijo a la pareja bajo un árbol para que puedan refugiarse de la lluvia. Los estudiosos ven en este episodio una clara referencia bíblica al amor también libre y natural que se da entre Adán y Eva. Esta relación está fundamentada en el rol de mentor que desempeña Perucho en varias ocasiones, como cuando enseña a leer a Manuela o cuando le explica a su tío cómo ha cuidado de ella durante todo el tiempo que llevan juntos. Así mismo, Adán y Eva son hijos de un mismo padre que crecen en un mundo paradisíaco como el retrato de la naturaleza que dibuja la autora y en el que convive la pareja.

Al amparo de la naturaleza, los dos jóvenes protagonistas, quienes han sido criados por su indolente padre, recorren un camino de aprendizaje tanto emocional como sexual que

⁴² Ayala (1997: 404).

⁴³ López (1999: 84).

va desde su niñez hasta la adolescencia, un tema que ya se ha visto en episodios mitológicos como el de Dafnis y Cloe. El mayor obstáculo que se presenta en este metafórico camino de aprendizaje es la aparición de Gabriel, tío de la joven, y cuya relevancia se explicará en el siguiente capítulo.

Perucho y Manuela son también víctimas del dualismo de roles de la naturaleza. Esta es quien los cuida y los protege como lo haría cualquier madre con sus hijos pero también facilita su amor manteniéndolos ignorantes de su relación de parentesco y empujándolos al incesto. Una vez más, Pardo Bazán trata de desmentir la imagen que planteaba Rousseau de la naturaleza idílica y llena de bondad, que da pie a un idealismo nocivo. De este modo, no existe una naturaleza incorrupta, por lo que el amor inocente y alegre entre los dos jóvenes se termina prontamente.

7. La aparición de Gabriel y la formación de un triángulo amoroso

El verdadero protagonista de *La Madre Naturaleza* es Gabriel Pardo, el hermano de la fallecida Marcelina, quien viaja a los Pazos con el fin de encontrar una mujer con quien contraer matrimonio. Esta mujer es Manuela, hija de su hermana y, por ende, su propia sobrina. Se puede decir que el nudo de la trama da comienzo con su llegada a los Pazos. Uno de los motivos de su elección es que la joven vive en el campo, es decir, en contacto directo con la naturaleza y alejada de la urbe corruptora. El propio Gabriel afirma que «más fácil es habérselas con esta niña, entregada a sí misma desde que nació, que con esas chicas criadas en una atmósfera artificial»⁴⁴. De este modo, hay que considerarlo una víctima más del concepto de naturaleza idealizada que proponía Rousseau y que tanto critica Pardo Bazán en su literatura naturalista.

González Hernando (2017: 175) explica que tanto en *Los Pazos de Ulloa* como en *La Madre Naturaleza* encontramos el mismo mecanismo narrativo, que consiste en la aparición de un personaje *intruso*, si bien la función de ambos es distinta. En la primera novela ese personaje es Julián, quien llega a los Pazos con el objetivo de poner fin al estado de decadencia en el que se encuentran sus habitantes y reconducir su estilo de vida. En la segunda parte, en cambio, Gabriel es el personaje intruso y el propósito de su viaje es pedir al marqués la mano de su sobrina para esposa consiguiendo así la redención individual

No obstante, nada más llegar allí se muestra disconforme con el modo de vivir de Manuela, impropia para alguien de su condición. Es entonces cuando sus intenciones cambian ligeramente y el personaje adquiere una postura paternalista con el fin de proteger a la niña apartándola de la vida que lleva, asilvestrada y al margen de las normas socioculturales que se le presuponen. Pero alejarla de aquel estilo de vida salvaje pasa irremediabilmente por alejarla de su amado Perucho, quien es una mala influencia desde el punto de vista del forastero.

Durante el viaje de Gabriel a los Pazos, la diligencia en la que va montado sufre un accidente y vuelca y el forastero termina siendo hospedado por el médico Juncal, quien le explica todo lo acontecido en el pasado. Por lo tanto, su suerte es muy distinta a la del párroco Julián, quien hacía en su momento el mismo recorrido para llegar a los Pazos. Mientras Gabriel sufre el accidente, se da la escena del primer capítulo en la que Perucho y Manuela se refugian de la tormenta veraniega bajo el castaño, por lo que se podría establecer

⁴⁴ López (1999: 232).

un paralelismo entre la canícula que sorprende a la pareja con la llegada del forastero que amenazará su idilio.

Lo cierto es que Gabriel tampoco tarda en presentir la existencia de una relación sentimental entre Perucho y Manuela. En el décimo capítulo, le pregunta al marqués don Pedro por su sobrina y este le responde que lo más probable es que se encuentre junto a Perucho «como dos cabritos, triscando»⁴⁵. El marqués se muestra contrariado por ello, por lo que el lector puede deducir que no ve con buenos ojos la relación entre ambos. El motivo de su postura respecto a la relación entre los dos jóvenes se debe al conocimiento del parentesco que ambos comparten y del que Gabriel aun no es sabedor.

Aun así, don Pedro se excusa en su avanzada edad y la autora aprovecha este pasaje para introducir la versión del marqués sobre la *Danza de la muerte*, a la que también se referirán otros personajes durante la novela. Tal y como explica Ignacio López (1999: 209), Perucho y Manuela descubren en el primer capítulo los ritos secretos de la Naturaleza, que se reducen a dos principios: vida y muerte. Respecto al primer principio, Gabriel observa a su sobrina encima de un carro de mies –de heno– rodeados por una naturaleza bucólica que conforma una imagen cuasi pictórica. «Parecía aquello el nido amoroso que la naturaleza brinda liberalmente, sea a la fiera entre la espinosa maleza del bosque, sea al ave en la copa del arbusto. Gabriel sintió de nuevo una extraña impresión; algo raro e inexplicable que le apretó la garganta y le nubló la vista»⁴⁶. Cuando ve a la joven pareja revive en él el recuerdo de la relación que mantenía con su hermana Marcelina, por quién siente mucha admiración y afecto. En el capítulo VIII ya se dan a conocer algunos detalles acerca de la devoción que tenía Gabriel por su hermana:

«Primero se vio niño, en un gran caserón de un pueblo triste, pero no en brazos de su madre, pues no recordaba haberla conocido jamás, sino en los de otra niña casi tan chica como él. Aquella niña era pálida; tenía los ojos grandes y negros, y algo bizcos; solía estar malucha; pero, sana o enferma, no se apartaba una línea de él. Acordábase de que le llamaba *mamita*, y le hacía rabiar y desquerer con sus travesuras»⁴⁷.

Este pasaje sirve para revelar el enorme cariño que Gabriel le tenía a Marcelina, quien representaba el amor maternal (véase que utilizaba el diminutivo *mamita* para referirse a ella como matiz de simpatía o de afecto). Y, del mismo modo que Julián consideraba que tenía el

⁴⁵ López (1999: 208).

⁴⁶ López (1999: 209).

⁴⁷ López (1999: 152).

deber moral de cuidar de Manuela por el hecho de ser esta la hija de Nucha, una de las personas que más había amado, Gabriel se enamora de su sobrina y quiere que se case con él porque la asocia con su hermana, por quien siempre sintió una atracción que tuvo que reprimir durante mucho tiempo pero que ahora se ha convertido en un deseo irrefrenable fomentado, principalmente, por el gran parecido entre madre e hija en el cual hace hincapié Juncal⁴⁸.

No obstante, hay un cierto egoísmo en su forma de actuar. Se dice que Gabriel ha tenido otras experiencias amorosas que han resultado ser decepcionantes y ahora ve a Manolita como su posesión y quiere “salvarla” del pecado del incesto casándose con ella. Al contraer matrimonio con su sobrina, algo que no estaba mal visto ni moral ni socialmente, ve la oportunidad de satisfacer de algún modo el deseo psicosexual que lo ha acompañado y lo ha perturbado durante tantos años. Sin embargo, su propósito choca frontalmente con un gran escollo, que es el amor mutuo de Perucho y Manuela.

Otro rasgo achacable a la personalidad del personaje es su hipocresía pues, siendo consciente de la pertenencia a una posición social superior, juzga a Perucho por mantener una relación amorosa con Manuela y quererla de forma posesiva, utilizándola para su bienestar, algo que él también pretende hacer obligándola a que se enamore de él y quiera contraer matrimonio. Y, cuando descubre que los dos jóvenes son hermanastros, considera que casándose con su sobrina la rescatará del grave pecado que supone el incesto, obviando que él también comparte parentesco con ella.

Aparte de esto, cuando descubre la relación de parentesco entre Perucho y Manuela, se genera un dilema interno en el protagonista. El amor incestuoso es moralmente reprobable pero su propia experiencia sentimental lo conduce a revelarse en algunas ocasiones contra estos dictámenes morales. Este constante debate entre la razón y los sentimientos se traslada también a su forma de entender la disyuntiva entre el hombre natural y el hombre civilizado. Para Gabriel, la mujer de la ciudad ha sido pervertida y es orgullosa y engreída, mientras que la mujer del campo es instruida por la naturaleza y recibe también su protección.

La caminata de Gabriel y Manuela que comienza en el capítulo XV, sirve para mostrar cuán diferente es la educación que han recibido ambos personajes, pero también sirve para demostrar que la distancia sentimental entre ellos es muy grande, sobretodo por la diferencia de edad que hay entre ambos. Gabriel le confiesa su amor; un amor que nace del parentesco entre ella y Marcelina, como ya se ha explicado, y que es fuertemente pasional hasta el punto

⁴⁸ López (1999:187).

de considerarse obsesivo. Buen ejemplo de ello es cuando le dice a su sobrina «besaría la tierra que pisas»⁴⁹ y acto seguido besa las hierbas en las que yace el pie de la joven. El hecho de explicarle que es el hermano de su madre le permite a Gabriel ganarse la confianza de Manuela, que, aunque parece sentirse halagada por sus cumplidos, se dirige a Gabriel con el término *tío*, algo que denotaría claramente que no está interesada en tener una relación más profunda con él.

Perucho es consciente de que pertenece jerárquicamente a una posición social inferior a la del tío de Manuela. Cuando es conocedor de cuál es el motivo de su advenimiento a los Pazos, decide llevarse a Manolita al campo, donde se confesarán su amor y se prometen que se casarán (éste episodio se explicará más detalladamente en el capítulo siguiente). Perucho considera a Gabriel una amenaza para una relación que hasta entonces parecía idílica e indestructible; no considera justo que un hombre que acaba de llegar allí trate de arrebatarse el amor de su vida. Y Gabriel, por su parte, siente envidia por la joven apariencia del mancebo, así como por su evidente proximidad a Manuela. Esta tensa situación acabará provocando que ambos personajes se enzarcen en una pelea que acabará trascendiendo del terreno verbal al físico:

«—Gabriel: ¿Qué harás, bergante?

—Lo va usted a saber ahora mismo —gritó el montañés, cuyos ojos eran dos llamas oscuras en una máscara trágica de alabastro. Un segundo duró para Gabriel la visión de aquel rostro admirable, porque instantáneamente sintió que dos barras de hierro flexibles y calientes se le adaptaban al cuerpo, presándole las costillas hasta quitarle la respiración»⁵⁰.

Aun así, cuando al final se descubre la verdad, el parecer de Gabriel es que tanto Perucho como Manuela no solamente son inocentes sino que también se pueden considerar víctimas de los designios de una Naturaleza que debería de haberlos protegido. Esta postura es fácilmente explicable y se justifica en el hecho de que este ve en Perucho un reflejo de sí mismo si bien ambos casos no son para nada idénticos. Es por todo esto que al final de la novela termina renegando de su fe en la naturaleza y en la función que creía que esta desempeñaba: «Naturaleza, te llaman madre... Más bien deberían llamarte madrastra»⁵¹.

⁴⁹ López (1999: 237).

⁵⁰ López (1999: 348-349).

⁵¹ López (1999: 405).

8. El incesto y el desenlace de *La Madre Naturaleza*

Desde el primer capítulo, el lector ha sido testigo del crecimiento tanto físico como espiritual de Perucho y Manuela. El narrador va desvelando detalles de ambos personajes y sobre cómo es su relación mediante la descripción del paisaje que los rodea, que juega un papel fundamental en su crecimiento.

Todo comienza con una tormenta veraniega que simboliza la fuerza de la Naturaleza y con una pareja que busca un lugar donde refugiarse de la lluvia. El castaño bajo el cual se cobijan ofrece una imagen cuasi fantástica donde las ramas del árbol que protegen a ambos infantes podría ser una analogía de la madre que protege a sus hijos. Posteriormente, se adentran en una cueva y se alimentan con las provisiones que llevan, entre las cuales hay manzanas verdes, otra referencia al episodio bíblico de Adán y Eva.

La llegada de Gabriel a los Pazos supone la introducción de un elemento destabilizador dentro del espacio interrelacional de Perucho y Manuela. Como don Quijote de la Mancha, Gabriel se ha enamorado de su sobrina, a la que enaltece como la mujer más bella de entre todas las mujeres, sin tan siquiera haberla visto. Su posición social y económica le permiten pretender la mano de la niña, a quien además quiere proporcionarle una educación acorde con los preceptos de la sociedad de aquel momento.

«Al salir de la espesura, un hombre se irguió de repente ante la montañesa. El chillido que acudía a la garganta de Manuela se convirtió en risa alegre, conociendo a Perucho; mas la risa se apagó al ver la cara demudada del muchacho, sus ojos que despedían fuego, su actitud de dolor sombrío, nueva en él. Manuela le miró ansiosa, y el mancebo, después de considerarla fijamente algunos segundos, le volvió la espalda, encogiéndose de hombros. La niña sintió en el corazón dolor agudo»⁵².

Al saber que Manolita ha pasado todo el día junto a su tío, Perucho comienza a sentir celos, una emoción que le resulta desconocida porque nunca antes la había sentido. Desde siempre, se ha mostrado como una persona fiel y sincera con su amada y posiblemente se siente traicionado por ella por haber accedido a estar a solas con Gabriel para guiarle por los Pazos. Desde su perspectiva, Manuela no considera que haya hecho nada malo que pudiera herir a Perucho pero, al ver su reacción, se percata del dolor que le ha causado.

Perucho y Manuela casi siempre aparecen juntos, o bien cogidos de la mano o bien pegados el uno al otro. En su segundo paseo, la pareja va cogida de la mano como en el

⁵² López (1999: 267).

principio de la novela. El mancebo ansía encontrar un lugar donde puedan esconderse de su padre y de Gabriel y no sean encontrados por nadie. Esta búsqueda de la intimidad ya se menciona en el primer capítulo cuando el narrador dice que «no era la primera vez que se encontraban así, juntos y lejos de toda mirada humana, sin más compañía que la madre naturaleza, a cuyos pechos se habían criado»⁵³. Es oportuno fijarse en la manera que tiene el narrador de explicar como la pareja se mimetiza con el entorno natural hasta el punto de parecer una criatura más de las que allí habitan («Caminaban charlando, con tanta alegría como los mirlos, gorriones, jilgueros, pardillos y demás aves, no muy pintadas, pero asaz parleras, que en setos, viñedos y árboles cantaban sus trobas a la radiante mañana»)⁵⁴.

Cuando se encuentran a orillas del río Avieiro, la pareja aprovecha la ocasión para refrescarse (cabe recordar que la acción tiene lugar durante la estación veraniega). Perucho descalza a Manolita, protagonizando una escena de una gran carga erótica que el narrador describe detalladamente. La sensualidad es otra característica de *La Madre Naturaleza*, que se manifiesta sobretodo en los pasajes protagonizados por la joven pareja, como en el que disfrutan de un panal de miel que estaba oculto en el tronco de un árbol y de dulces frutos que el bosque les proporciona.

Perucho está celoso de Gabriel y quiere retener a Manuela cuanto más tiempo mejor para alejarla de la amenaza que supone el tío de la niña para sus intenciones. Tanto Gabriel como Perucho, fruto de sus inseguridades, quieren a Manuela de forma posesiva. El amor del mancebo es puro y sincero y para demostrarlo le dice a su amada que ha explicado a sus compañeros que ellos dos son novios a pesar de saber que estos lo iban a criticar por las diferencias sociales que hay entre ambos. Ella le dice que le quiere, pero el montañés le responde que lo ama *como quiere las hermanas a los hermanos*⁵⁵. Quizás Perucho esté en lo cierto y los sentimientos de Manuela sean propios del amor fraternal. Ambos se han criado juntos y el mancebo ha desempeñado un rol de mentor en muchas ocasiones, enseñándole a leer y a relacionarse con su entorno. No es descabellado pensar que Manuela haya llegado a creer que son hermanos consanguíneos. Ante esta situación, Perucho le declara su amor y le especifica el modo cómo la quiere:

«Yo te quiero a ti de otra manera, muy diferente. Te quiero como a las novias, con amor, con amor (vociferó esta palabra). Si se calla uno más de cuatro veces, es por miramientos y consideraciones y embelecós. Que se vayan a paseo todos ellos juntos. Aguantar que a uno no le quieran, ya es martirio bastante; pero ver que viene otro y con sus manos lavadas le escamotea la novia, le roba todo... Eso ya pasa de raya. No tengo paciencia para sufrirlo ni para verlo. No, y no, y no lo veré, me iré, me iré, aunque sea a la isla de Cuba»⁵⁶.

⁵³ López (1999: 88).

⁵⁴ López (1999: 276).

⁵⁵ López (1999: 286).

⁵⁶ López (1999: 287).

Tras escuchar las sinceras palabras de su amado, Manuela le dice que lo quiere más que a su tío Gabriel. Entonces, ambos se dirigen a los Castros, que se describen como un lugar de “salvaje grandeza” y “desolación trágica”⁵⁷, lo que podría ser un anticipo de cuáles serán los trágicos sucesos que acaecerán en el desenlace de la narración, puesto que es allí donde se consuma el incesto cuando la pareja se besa por primera vez, escena nuevamente descrita con gran erotismo y sensualidad:

«Al fin, sin saber cómo, sin estudio, sin premeditación, tan impensadamente como se encuentran las mariposas en la atmósfera primaveral, los rostros se unieron y los labios se juntaron con débil suspiro, mezclándose en los dos alientos el aroma fragante de las frambuesas y fresillas, y residuos del sabor delicioso de la miel»⁵⁸.

Según Ignacio López (1999: 300), se cumple de este modo el “experimento” que plantea la novela, según el cual una pareja de inocentes jóvenes cuyo amor se fragua amparado por la Naturaleza termina sucumbiendo inintencionadamente al instinto, tal y como les ocurre a todos los seres humanos. Hasta entonces, las muestras de su amor no habían trascendido del terreno espiritual o incorpóreo pero ese beso supone la consumación física de su amor incestuoso. Al desconocer las reglas morales impuestas por la sociedad a la cual pertenecen, actúan conforme a las que dicta la Naturaleza en su función de madre. Se da, de este modo, una evolución que parte de la inocencia original de su relación, que se podría describir como fraternal, y converge hasta el despertar del deseo sexual.

Tras el beso, la narración se centra en Gabriel, quien desconoce lo que ha ocurrido entre los dos jóvenes amantes y parte en su búsqueda. Cuando el forastero da con Perucho, ambos mantienen una acalorada discusión en la que se hace manifiesta la contraposición entre dos tipos de amor bien diferenciados: uno es el amor natural, que representa Perucho, y el otro es el amor social, representado por Gabriel. Para el mancebo, las diferencias sociales entre él y Manuela no representan ningún inconveniente para que surja el amor entre ambos. Sin embargo, Gabriel considera que Perucho no es digno de relacionarse con su sobrina puesto que es hijo de un mayordomo y de una criada. Ante esto, el montañés le responde que «desde chiquillos andamos juntos, sin diferencias de clases ni de señoríos; y nadie nos recordó nuestra condición desigual, hasta que cayó aquí, llovido del cielo, el señor don Gabriel Pardo de la Lage»⁵⁹, recriminándole nuevamente que desde siempre ha cuidado de la

⁵⁷ López (1999: 295).

⁵⁸ López (1999: 299-300).

⁵⁹ López (1999: 351-352).

niña, enseñándole cuanto necesitaba saber, relacionándose como iguales en estatus social y amándose sin ataduras de ningún tipo.

Es entonces cuando tiene lugar la revelación, si bien no sería del todo correcto utilizar esta palabra, puesto que lo que ocurre es que Gabriel le pregunta a Perucho si es sabedor de su relación de parentesco con Manuela⁶⁰. En un principio, el mancebo piensa que le está engañando pero tras unos instantes de reflexión, cree en sus palabras y rompe a llorar desconsoladamente como «una fiera de montés herida»⁶¹. Es en ese momento cuando el protagonista se posiciona sobre este incesto, tal y como se ha explicado anteriormente, considerándolo inocente de la falta cometida por su impremeditación. Es ese sentido, le dice Gabriel a Perucho, que «usted solo ha delinquido porque la sangre moza»⁶² y le recomienda que abandone los Pazos como castigo para evitar la ofensa a Dios, a lo que responde el montañés: «Pues si no hubiese Dios, ¡lo que es a Manolita..., soltar no la suelto!»⁶³.

En la antesala del fatal desenlace Gabriel visita a Julián Álvarez, el cura de Ulloa, cuyo personaje había sido hasta ese momento relegado a un plano muy secundario. El fin de su visita es pedirle al sacerdote que trate de convencer a Manuela, a quien conoce muy bien, para que acepte casarse con él. Julián clama entonces contra aquellos que han permitido que la niña viviera “entregada a sí misma, por montes y breñas como los salvajes”⁶⁴, algo de lo que él también tiene parte de responsabilidad, aunque lo censure. Manuela rechaza la proposición de su tío y opta por el ingreso a un convento como la única vía posible para expiar su pecado, no sin antes pedirle a Gabriel que viaje a Madrid para buscar a Perucho. De este modo se confirma que el viaje de Gabriel a los Pazos ha sido un fracaso rotundo, del mismo modo que lo fue para Julián en su momento. Ni el primero ha conseguido contraer matrimonio con su sobrina terminando con su soltería, algo que empaña la imagen que pretende proyectar a la sociedad, ni el segundo consiguió reformar la moral de los habitantes del pazo del marqués de Ulloa y proteger a Marcelina del aura de depravación de aquel lugar del que terminó siendo otra víctima.

De igual forma, el peso de la religión termina imponiéndose sobre todas las demás cosas, por lo que Perucho y Manuela no solamente jamás podrán estar juntos porque esto supondría vivir en pecado, sino que además son, a ojos de Dios, culpables de sus actos; es

⁶⁰ Para ello, Gabriel y Perucho se dirigen a la habitación del artillero, que es un lugar más discreto. Allí le pregunta: «¿Usted sabe o no sabe que es hermano de Manuela?» (1999: 357).

⁶¹ López (1999: 359).

⁶² López (1999: 361).

⁶³ López (1999: 362).

⁶⁴ López (1999: 392).

decir, de haber consumado una relación incestuosa, y la única forma de salvarse es expiando su pecado.

Conclusiones

Tal y como se planteó en la introducción, el objetivo principal de este trabajo ha sido analizar el tratamiento del amor y de los sentimientos humanos en *Los Pazos de Ulloa* y *La Madre Naturaleza*, dos novelas principales de la literatura española. Concretamente, se han estudiado los personajes de mayor relevancia en la trama, que son el párroco Julián Álvarez, Gabriel De Pardo y los jóvenes Perucho y Manuela.

Es sabido que la publicación de ambas novelas generó una gran polémica dentro de los círculos intelectuales de la época, si bien hoy en día se ensalza su calidad literaria hasta el punto de considerarse dos obras canónicas. Los críticos consideran que *Los Pazos de Ulloa* y *La Madre Naturaleza* son la culminación del ideario naturalista pardobazaniano, que se podría identificar como “naturalismo católico” o “naturalismo espiritual”, o simplemente “naturalismo a la española”, aunque existe una gran variedad de marbetes.

El estudio se ha estructurado en dos partes, en cada una de las cuales se ha analizado una novela diferente haciendo una exposición de los hechos que acontecen y una valoración de las consecuencias que los mismos acarrearán. La primera parte del trabajo se ha enfocado en indagar en la psicología del protagonista de la novela, el joven párroco Julián, tratando de desenmarañar las distintas capas que lo componen. Y en la segunda parte se ha puesto la lupa sobre la joven pareja formada por Perucho y Manuela, explicando la interrelación que mantienen con el escenario en el que se desarrolla su relación sentimental y qué efectos tiene sobre esta la aparición de Gabriel, tío y pretendiente de la niña.

Para indagar en los sentimientos y las emociones de estos personajes ha sido necesario tener en cuenta algunos elementos diegéticos como la cultura, la naturaleza o la religión, que conforman los tres pilares sobre los que se desarrolla la trama. En *Los Pazos de Ulloa*, Pardo Bazán lleva a cabo una audaz crítica a la sociedad gallega rural del siglo XIX censurando el abandono físico, pero sobre todo espiritual de sus gentes a través de los ojos del párroco Julián. En *La Madre Naturaleza*, en cambio, se plantea la dualidad de la naturaleza entre sus dos roles: el de madre y el de madrastra. Uno de los objetivos era hallar un nexo entre ambas novelas, más allá de los personajes que aparecen en las dos obras. Ese nexo sería la religión, cuya importancia se aborda de dos formas diferentes. Resumidamente, en la primera novela el tema religioso se personifica en Julián, quien es un claro ejemplo de buen cristiano que actúa según las normas morales que se le presuponen por su condición. Además, su personaje sirve para señalar la corrupción de la Iglesia a nivel institucional y la

represión de la mujer en el contexto religioso. En la segunda novela, la religión es el motivo de la confrontación entre los valores morales tradicionales y los instintos y las pasiones de los hombres.

En *Los Pazos de Ulloa*, la narración gira alrededor de Julián, quien representa indudablemente un sacerdote modélico en el cumplimiento de su oficio y de sus tareas clericales. Viaja a los Pazos gallegos movido por una fuerte personalización de la fe por la que en ningún momento reniega el llamamiento al ejercicio de su de vocación religiosa. El rasgo que mejor lo define es el orden que ocupa todos los ámbitos de su vida y que se manifiesta en el terreno físico mediante una selección muy cuidadosa de su vestimenta eclesiástica, pero sobre todo en el terreno espiritual y en el carácter del personaje, que condiciona la forma de relacionarse con su entorno.

El narrador lo retrata como una persona bondadosa, pacífica, compasiva, frugal y sencilla que rechaza (pero no censura) cualquier actitud malvada, rehúye las tentaciones y aboga por una vida dedicada al recogimiento y el crecimiento espiritual. A lo largo de la narración despliega sus grandes cualidades y virtudes sacerdotales: dedica la mayor parte de su tiempo a la oración y a la lectura de libros píos. Es, en definitiva, una persona coherente que actúa conforme a su forma de pensar y a quien le indignan las situaciones injustas. Su forma de actuar, según Gómez-Elegido (2014: 284), “refleja el cumplimiento de las virtudes, tanto teologales –fe, esperanza y caridad–, como cardinales –prudencia, justicia, fortaleza y templanza–”.

No obstante, otros autores como Gooch (2000: 99-114) describen al protagonista de la novela como un individuo endeble y apocado, que muestra un gran sentimentalismo y es muy temperamental, rasgos de carácter que normalmente se atribuyen a personajes femeninos. El narrador incide en esto varias veces a lo largo de la novela a través de la voz de personajes como el médico Juncal, o haciendo uso de verbos como *desmayarse* o *desvanecerse*, que acostumbran a vincularse exclusivamente a mujeres.

Copa gran parte de la narración el conflicto moral y emocional que se da en el joven Julián cuando conoce a Marcelina, por quien manifiesta una gran devoción que siempre pasará por el filtro autoimpuesto por el propio párroco, que es consciente de su deber y de sus obligaciones como siervo de Dios. Dice Mayoral (1989: 37-50) que “el amor de don Julián representa la forma más desencarnada, espiritual y generosa del amor humano”. Durante toda la novela trata de asegurar el bienestar de Nucha pero, tal y como le sucede con su encomienda sacerdotal, termina fracasando y siendo testigo de su caída en desgracia y

posterior muerte. El párroco empuja a Marcelina a contraer matrimonio con don Pedro Moscoso con el fin de poner remedio a la disoluta vida del marqués y conseguir la felicidad de Nucha al mismo tiempo que aleja la tentación de consumir su amor con ella, lo que supondría una falta muy grave por su condición de sacerdote. Don Julián Álvarez es, en definitiva, la primera gran víctima del conflicto que genera la disyuntiva entre el amor y las pasiones humanas más mundanas y la opresión de los dictados morales impuestos por una Iglesia muy influyente en la sociedad española decimonónica.

En *La Madre Naturaleza*, en cambio, la narración se centra en la relación amorosa de dos jóvenes inocentes, Perucho y Manuela, quienes han crecido en los Pazos en conjunción con la naturaleza, que ha desempeñado hasta entonces un papel muy parecido al de una madre, amparando y procurando por el bien de las dos criaturas durante su crecimiento. En aquel escenario campestre, Perucho y Manuela se aman naturalmente y libres de cualquier tipo de restricción social y moral. El idilio, sin embargo, parece terminar con la llegada de un forastero, Gabriel, quien pretende pedir la mano de su sobrina Manolita para esposa, dando lugar a la formación de un complejo triángulo amoroso.

Gabriel es un hombre instruido, con buenos modales y de posición social acomodada. El único aspecto de la vida en el que no ha logrado tener éxito es en las relaciones sentimentales, algo que espera remediar contrayendo matrimonio con su sobrina, que es algo que la sociedad espera de un hombre de su edad y condición. El matrimonio con Manuela le serviría, además, para satisfacer una filia reprimida durante mucho tiempo hacia su fallecida hermana Nucha. En contraposición al rol matriarcal que ha desempeñado la naturaleza durante todos esos años, Gabriel, que procede de la ciudad, adopta una posición paternalista con la niña, tratando de reconducir su comportamiento asilvestrado y enseñarle a portarse según la moral de la sociedad. Perucho, por su parte, ha acompañado a Manolita durante toda su infancia transmitiéndole todo su conocimiento, tal y como lo haría cualquier padre con su hija, y esto es lo que reivindica cuando es sabedor de las intenciones de Gabriel.

Se hace evidente mediante la exposición de los hechos estudiados en el trabajo, la contraposición de dos mundos radicalmente distintos: el mundo urbano, del que procede Gabriel, donde la sociedad está gobernada por unas normas morales muy concretas que determinan cómo deben comportarse, y el mundo rural, del que forman parte Perucho y Manuela, y donde aquellos que en él habitan viven libres de todo tipo de restricciones morales.

No obstante, hay una fuerza que termina manifestándose superior e influyente sobre cualquier vínculo sentimental y afectivo entre individuos que es la religión. Cuando los dos amantes al fin consuman físicamente su amor cometen sin saberlo un gran pecado, el incesto, pues ignoran el vínculo consanguíneo que los une. Al conocer la verdad, deben escoger entre seguir con su relación inmoral y pecaminosa, o separarse y expiar sus pecados. La pareja escoge la segunda opción, que es la que les aconseja el párroco Julián. De este modo, se puede concluir que el peso y la importancia de la religión vencen y se imponen a todo lo demás y eso sucede porque la religión, como dice Mayoral (1998: 49), no se concibe como una norma social, sino como una “ley divina”. Así mismo, se revela otra identidad de la Naturaleza, que es su rol de madrastra que ha sido un testigo pasivo del crecimiento de la pasión entre Perucho y Manuela y, a la vez, ha permitido que se fraguara el amor incestuoso entre los dos hermanos.

Es en este punto en el que divergen el naturalismo francés de Zola y el naturalismo que defiende Emilia Pardo Bazán en su obra. La escritora coruñesa hace patente una tesis profundamente católica alejada del cientificismo zoológico. Tanto en *Los Pazos de Ulloa* como en *La Madre Naturaleza* la dialéctica cristiana que encarna el personaje del sacerdote Julián Álvarez se impone a la ideología que defiende Gabriel, quien considera que los dos jóvenes son inocentes. En otras palabras, la autora niega el determinismo que caracteriza la vertiente francesa del movimiento naturalista y aboga por la existencia del libre albedrío, según el cual tanto Perucho como Manuela han actuado libremente sucumbiendo a sus impulsos eróticos. El párroco Julián jamás podría haber mantenido una relación amorosa con Marcelina porque eso supondría faltar a su condición de sacerdote y a su moral cristiana que él siempre ha defendido a ultranza, y Perucho y Manuela tampoco podrían seguir con su relación amorosa porque eso supondría vivir perpetuamente en pecado a los ojos de una sociedad portadora de un pensamiento profundamente cristiano.

En síntesis, este estudio ha permitido abordar dos grandes temas como son el amor y la religión en dos de las novelas más importantes de la literatura española decimonónica a través del análisis de sus argumentos, aportando una visión personal de la cuestión, contrastada con una bibliografía cuidadosamente escogida. Así mismo, ambas novelas sirven para demostrar cuán complejo es el ser humano; una criatura que vive constantemente en un dilema entre dejarse arrebatar por sus pasiones e instintos más primarios o bien comportarse según las leyes que impone la sociedad, lo que se podría identificar como una lucha entre la naturaleza y lo divinal.

Bibliografía

Clarke, Anthony H., «Viaje y llegada de Julián a los Pazos y otros viajes y llegadas afines», *Estudios sobre Emilia Pardo Bazán*, Universidad de Santiago de Compostela, 1997, 67-84.

Clémessy, Nelly, «De Los Pazos de Ulloa a La Madre Naturaleza: Don Julián y el tema del amor prohibido», Marina Mayora, coord., *Estudios sobre “Los Pazos de Ulloa”*, Madrid, Cátedra, 1989, 51-59.

Gooch, Anthony, «Análisis psico-semántico de un personaje de “Los Pazos de Ulloa” y “La Madre Naturaleza” de Emilia Pardo Bazán», *Revista galego-portuguesa de psicoloxía e educación: revista de estudos e investigación en psicología y educación*, Vol. 5 (2000), 99-114.

Gómez-Elegido, Ana María, «La misión sacerdotal de don Julián en *Los Pazos de Ulloa*», Guadalupe Arbona Abascal y Paloma Fanconi Villar, eds., *La figura del sacerdote en la literatura contemporánea*, Madrid, Encuentro, 2014, 258-285.

González Hernando, Ana Beatriz, «*La Madre Naturaleza*: un estudio de intertextualidad», *Revista Estudios*, 34 (2017), 173-187.

Gullón, Germán, «La densidad genérica y la novela del ochocientos. “Los Pazos de Ulloa” de Emilia Pardo Bazán», *Anales de Literatura Española*, 5 (1986-1987), 173-188.

Mayoral, Marina, «El tema del amor en las novelas de los Pazos», Marina Mayoral, coord., *Estudios sobre “Los Pazos de Ulloa”*, (1989), Madrid, Cátedra, 37-50.

Pardo Bazán, Emilia, (1997), *Los Pazos de Ulloa*, edición de M^a de los Ángeles Ayala, Madrid, Cátedra.

Pardo Bazán, Emilia, (1999), *La Madre Naturaleza*, edición de Ignacio López, Madrid, Cátedra.

Thion, M^a Dolores, «Del alma del paisaje a los paisajes del alma. Emilia Pardo Bazán en el paradigma simbolista», José Manuel González Herrán, ed., *La literatura de Emilia Pardo Bazán*, Real Academia Galega, 2009, 731-750.